This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

des

$B 65 839

C 55759

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class 789
E18
des

ERQUEM REL.

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

La desequilibrada

DRAMA

en cuatro actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

MADRID
Núñez de Balboa, 12
1904

LA DESEQUILIBRADA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA DESEQUILIBRADA

DRAMA

en cuatro actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 15 de Diciembre de 1903

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1904

PRESERVATION
COPY ADDED
mlf 5/29/91

REESE

A la admirable María Guerrero

en su creación de La Desequilibrada.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TERESINA.....	Sra. Guerrero.
CAROLINA.....	Srta. Sánchez.
CONCHA.....	Colorado.
UNA INSTITUTRIZ.....	Sra. Bofill.
DONCELLA 1.ª.....	Bueno.
IDEM 2.ª.....	Srta. Villar (D.)
MAURICIO DE VARGAS..	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
ROBERTO CÁRDENAS....	Palanca.
DON IGNACIO BUENDÍA.	Cirera.
DON ACISCLO BETANZOS.	Carsí.
MARQUÉS DE ALTA SIERRA.....	Medrano.
JULIÁN.....	Soriano Biosca.
CRIADO 1.º.....	Gil.
IDEM 2.º.....	Miquel.
IDEM 3.º.....	Cayuela.
NIÑO.....	Carlos Salcedo.

La acción del primero, segundo y tercer actos en Madrid
La del cuarto en una villa á orillas del Mediterráneo

Epoca actual

Los muebles del primero, segundo y cuarto actos, han sido construídos expresamente para esta obra en los talleres de Don Manuel Lissarraga.

ACTO PRIMERO

Salón elegante y suntuoso. Puertas laterales y en el fondo. Por una de ellas se ven los otros salones

ESCENA PRIMERA

DON ROBERTO CÁRDENAS, DON IGNACIO BUENDÍA. Roberto tiene unos treinta años: viste con elegancia pero sin afectación. Muy cortés, casi dulce, pero con cierto fondo de ironía y de dominio. Aparece sentado. Ignacio tiene más edad: pretensiones de filósofo escéptico. Se pasea

ROB. *Observo*, querido Ignacio, que me *observas* con cierta curiosidad.

IGN. *Observo* que aciertas, querido Roberto. Te he puesto en observación y en estudio.

ROB. ¿Desde hace mucho tiempo?

IGN. Desde hace unos veinte años. Desde que nos conocimos.

ROB. Vamos, cuenta, cuenta ¿qué clase de personaje soy yo, Roberto Cárdenas?

IGN. Un hombre de talento.

ROB. ¡Querido Ignacio! (Inclinándose agradecido.)

IGN. Sí, mucho talento. No llegas á ser un genio... no imagines que vas á ser inmortal.

ROB. No aspiro á tanto La vida inmortal no me seduce

IGN. Esta vida mortal es la que te preocupa: ya

lo sé. Eres un hombre práctico: eminentemente práctico.

ROB. Procuro serlo. (Con modestia.)

IGN. Eres ambicioso, orgulloso y poco escrupuloso. Tienes grandes pasiones en que domina la nota sensualista. Quieres gozar, gozar mucho: la riqueza, el lujo, las mujeres, el poder, el dominio tiránico, y por de contado, siempre tu capricho como ley. Si la destrucción de todo un mundo proporcionase un estremecimiento de voluptuosidad á la más insignificante de tus fibras nerviosas, y ese mundo estuviese en tus manos, lo estrellarías sin vacilar.

ROB. (Levantándose.) ¡Hombre, tú me engrandeces! ¡esto no puede oirse sentado! Hay que ponerse en pie. A ver, ¿no tienes por ahí un pedestal?

IGN. (Con intención y misterio.) ¿Pues qué va á ser para tí esta casa sino un magnífico pedestal?

ROB. ¿Esta casa?... ¿para mí?

IGN. No finjas conmigo. Nos conocemos.

ROB. Explícame lo del pedestal.

IGN. ¿Tienes empeño en que te regale el oído?

ROB. ¿Por qué no?

IGN. Pues oye. Esta soberbia casa, este espléndido palacio, pertenece al riquísimo banquero, y Barón por añadidura, don Ezequiel Morana. Don Ezequiel tiene talento, no tanto como tú; pero es millonario, y tú no lo eres *todavía*. Por lo pronto, más talento que tú ha tenido para hacerse rico. ¿Has visto en las Casas de Moneda esas maravillosas maquinitas, que separan, autómaticamente, las piezas de oro que pesan más ó menos de lo justo, y van cribando las de peso exacto? Pues el cerebro de don Ezequiel es una balanza espontánea, y tan admirable como aquella, de negocios buenos, malos y medianos. Y así amontona oro y oro de pura ley. Ese es el hombre; no le pidas más.

ROB. ¡Exacto! Eres profundo observador. Pero todavía no veo mi pedestal.

IGN. Don Ezequiel tiene una hija: la encantadora Teresa.

ROB. Espera: no profanes á Teresita con tu prosa despiadada. Teresa me pertenece.

IGN. Todavía, no; pero á eso vamos.

ROB. ¡Teresa es admirable! Admirable por su talento, por su hermosura, por las prodigiosas é inesperadas complicaciones de su carácter. (Animándose á pesar suyo.) Encarga al cielo, al infierno y á la tierra un molde de mujer, y que lo fabriquen por partes iguales: por dentro, todos los rojizos fuegos de lo profundo, todas las pasiones, anhelos, risas y lágrimas de nuestra patria terrena y todas las neblinas y colores de la región celeste; revuelve cuanto ha caído dentro, con movimiento de vértigo, y tendrás el ser sublime, extraño y poderoso que á diario nos atrevemos á llamar: *¡Teresa, Teresita, Teresina!*

IGN ¡Puro romanticismo! O lo crees, porque estás enamorado, y entonces no eres el hombre que imaginé, ó finges creerlo porque te conviene fingirlo... y en tal caso, estás en tu papel.

ROB. Sea yo lo que fuere, has de convenir en que Teresina...

IGN. Según tú, es...

ROB. Si me permites inventar una palabra, te diré que, así como yo soy....

IGN. ¡El super-homo!

ROB. ¡Ella es la *super-mulier!*

ING. O traduciendo libremente: tú un gran tunante y ella una desequilibrada monumental.

ROB. Cuestión de nombres.

IGN. Sobre todo haréis una gran pareja cuando os dé el papá suegro sus millones. El mundo vuestro y convertido en una casa de locos.

ROB. A propósito de locuras.. Espera. (Toca un timbre. Aparece un Criado de librea.) ¿Salió la señorita Teresa?

CRIADO Sí, señor. Salió á cazar muy de mañana.

ROB. ¿Qué caballo llevó?

CRIADO El *Huracán*. El señor Barón lo había prohibido; pero la señorita... ¡Al arrancar nos dió un susto!

ROB. ¿Y no ha vuelto?

CRIADO No, señor. El señor Barón ha preguntado ya por ella tres veces. Van llegando algunos señores... y el almuerzo se retrasa.

ROB. Bueno. (El Criado se retira.)

IGN. Así va Teresina por el mundo; ¡cabalgando sobre el huracán!

ROB. ¡Pero domándolo! (Pausa.) Sí... estoy enamorado y sin esperanzas.

IGN. No estás enamorado; y tienes la seguridad de que Teresina será tuya y con ella la fortuna del Barón.

ROB. (Acercándose y en voz baja.) ¿Y Mauricio?

IGN. ¡Mauricio! Un pobre diablo, un ser insignificante y casi ridículo. Un semi-sabio, semifilósofo y semi- santo. En suma, Mauricio no es hombre para luchar contigo.

ROB. Teresina le quiere mucho.

IGN. Un capricho. Mauricio es un ser raro.

ROB. Por eso...

IGN. Pero es insustancial y aburrido. Teresina se aburrirá bien pronto. Quizá hoy mismo rompan sus relaciones

ROB. ¿Hoy mismo?

IGN. Sé la que le tienes preparada al pobre Mauricio.

ROB. ¿Yo?

IGN. ¡Eres diabólico!

ROB. ¡Pero Ignacio!

IGN. ¡No más! ¡Lo sé todo! ¡O lo adivino todo!.. ¡El Barón á veces es casi expansivo... y yo soy casi malicioso!... El pobre Barón está en un momento de crisis.

ROB. ¿Qué me cuentas?

IGN. Lo que tú no quieres contarme. A otra cosa.

ROB. Respeto tus secretos. Y dime, querido Ignacio; tú que nos juzgas á todos, al Barón, á Teresina, á Mauricio y á mí, ¿cómo te juzgas á tí? ¿Qué eres tú? (Con burla.)

IGN. ¿Yo? Yo no soy nada. Cuando más una má-

quina fotográfica. Me convencí há tiempo que yo no tenía talento, ni aptitudes artísticas, ni carácter; en suma, me convencí que en la gran comedia humana no podía representar ningún papel importante, y me decidí á ser mero espectador. Bajé del escenario á las butacas, me coloqué en primera fila, y desde cómodo asiento os observo á todos. A veces os silbo: á veces os aplaudo.

ROB. Y para merecer tu aplauso, ¿qué es preciso?

IGN. Que cada uno de vosotros represente bien su papel. El virtuoso como virtuoso, el malvado como malvado, y el tonto como tonto.

CRIADO (Anunciando.) El señor don Mauricio de Vargas.

ROB. Acude á la evocación.

ESCENA II

ROBERTO, IGNACIO, MAURICIO. Entra visiblemente inquieto

MAUR. Señores...

ROB. Amigo Vargas...

IGN. Querido Mauricio... (Se dan las manos.)

ROB. Le veo á usted inquieto. ¿Ocurre algo?

MAUR. No, no ocurre nada... pero es verdad; estoy inquieto.

IGN. ¿Por qué? ¿Por quién?

MAUR. Al entrar he oído que Teresina ha salido de caza: lleva el *Huracán*. ¡Qué imprudencia! ¡Y el Barón, qué poco carácter!

IGN. No se alarme usted. Teresina y el *Huracán* son buenos amigos: se comprenden, se completan.

ROB. (Con verdadera inquietud.) No... pues tiene razón Mauricio: yo también estoy inquieto. (Mauricio se va hacia el fondo como á escuchar si viene Teresina.)

IGN. (Riendo.) ¿Tú?... ¿Inquieto tú?

ROB. ¿Y si sucede algo?

IGN. (Dándose una palmada en la frente.) ¡Es verdad!

Comprendo tu inquietud: ¡sería una desgracia!

MAUR. ¿Una desgracia? ¡Una cosa horrible, horrible! ¡Pobre Teresina! ¡Pobre Teresina! (Sale precipitadamente.)

ESCENA III

DON IGNACIO y ROBERTO

IGN. Se va á poner en ridículo el pobre Mauricio. En este momento estará preguntando á todo el mundo si creen que Teresina se habrá roto ya la cabeza. ¡Ah!... ¡Perdona! (Se acerca y le da la mano.) Creí al pronto que tu inquietud era fingida.

ROB. ¡Vas estando insoportable! Eres un tipo amanerado.

CRIADO (Anunciando.) Don Acisclo Betanzos y el señor Marqués de Alta Sierra.

ROB ¿Y de esos, qué dices?

IGN. Que también son dos tipos más ó menos amanerados. Don Acisclo es un hombre al cual siempre le ha sucedido algo más extraordinario, que lo que haya podido sucederle á otro cualquiera Y el pobre Marqués... ¡Ah! fué en sus tiempos un caballero muy simpático: mucho talento y mucho corazón, pero la riqueza y el placer consumen más que el trabajo y la miseria. ¡Hoy es una ruina!...

ROB ¡Silencio!

ESCENA IV

DON IGNACIO, ROBERTO y DON ACISCLO

ACIS. (Entra de prisa y con cierta agitación) ¡Señores!...

IGN. Viene usted algo agitado... ¡Como Mauricio! (Dándole la mano.)

ACIS. Creí llegar tarde: temí que estuviesen ustedes almorzando. (Se dan las manos él y Roberto.)

ROB. En casos semejantes, más de una vez nos alcanzó usted.

ACIS. Sí, pero es muy desagradable. Yo suelo ser puntual, pero cuando me retraso soy ¡*terrible*! Una vez en Viena fuí invitado á una comida diplomática..

IGN. ¿Y se retrasó usted?

ACIS. ¿Si me retrasé? ¡Llegué al día siguiente!

ROB. ¡Demonio!

ACIS. Había equivocado la fecha de la invitación. Figúrense ustedes.. pintaré la escena... (Preparándose á seguir la historia.)

ROB. (Interrumpiéndole.) ¡Estamos esperando á Teresina!

IGN. Salió á caballo muy temprano y no ha vuelto.

ACIS. ¡Teresina es muy atrevida! La equitación á veces es peligrosa. A mí me sucedió una vez... en los alrededores de Chicago fué.

IGN. (A Roberto en voz baja.) Este hombre se nos viene encima ¡á caballo!

CRIADO La señora de Antúnez.

IGN. } (A la vez y precipitadamente, para evitar que siga don
ROB. } Acisclo.) ¡Que pase!.. ¡que pase!

ROB. (A don Acisclo, dirigiéndose á la puerta.) ¡Dispense usted!

IGN. (Lo mismo.) Tenemos que recibirla.

ESCENA V

ROBERTO, DON IGNACIO, DON ACISCLO y DOÑA CAROLINA ANTUNEZ, treinta años, guapa, elegante

IGN. (Se dan las manos.) Señora...

ROB. (Lo mismo.) Carolina...

CAR. Señores...

ACIS. (Lo mismo.) Tanto gusto, querida Carolina.

CAR. ¿Y Teresina? Creí encontrarla aquí.

ACIS. No ha vuelto. ¿Sabe usted? Salió muy temprano, en el *Huracán*... porque es su favorito. Precisamente estábamos hablando de los peligros...

ROB. (A Carolina.) Cuando usted llegó ¡corríamos un gran peligro!

ACIS. Justo: empezaba yo á contarles un lance de mi vida de *sportman*...

ESCENA VI

ROBERTO, DON IGNACIO, DON ACISCLO, CAROLINA y el MARQUÉS. Entra el Marqués muy erguido, pero se nota el esfuerzo. Camina con lentitud y arrastra algo los pies, como el que está amenazado de una parálisis. Su mirada es vaga, saluda y sonríe como un gran señor, aunque no tenga á quien saludar ni á quien sonreir. Su frase es cortada: tiene varias muletillas. Se olvida que ha saludado y da la mano varias veces á la misma persona

IGN. (Interrumpiendo á don Acisclo.) El Marqués...

ROB. (A don Acisclo.) ¿No llegaron ustedes juntos?

ACIS. Ciertamente... pero ya saben ustedes cómo está su cabeza. Se habrá perdido por los salones. Pues decía...

ROB. Con su permiso voy á saludar al Marqués. (Se dirige al Marqués.)

IGN. (Lo mismo.) Un momento...

ACIS. Les estaba refiriendo, queridísima Carolina...

CAR. Algo muy interesante. Es usted el hombre de las aventuras extraordinarias. Soy con usted... (Le deja y se dirige al Marqués.)

MARQ ¡Ah, señora!... (Le besa la mano.)

ACIS. (Acercándose al Marqués y tendiéndole la mano.) Siempre tan galante.

MARQ. Señora... (Le coge la mano á don Acislo y hace ademán de besarla; pero nota su error y se contiene.) ¡Ah!... ¡no! .. ¡sí!... esto, esta .. ¡Don Acisclo!

CAR. Siempre, siempre galante.

ROB. Los años no le corrigen.

MARQ. ¡Ah!... ¡no!... años... desengaños, amaños... esto, esta... ¿verdad, señores?

ACIS. Hablábamos de Teresina á quien usted tanto admira, Marqués. (Queriendo llevar la conversación al lance del caballo.)..

MARQ. ¡Encantadora!... ¿verdad señores? (Le quiere besar la mano otra vez á Carolina.)

ACIS. Y yo empezaba á contar...

CAR. Pues esperábamos impacientes..

ROB. Y algo intranquilos... (Todos se dirigen al Marqués.)

CAR. Es su manera de ser.

IGN. Y su educación cosmopolita.

MARQ. ¡Sí!... ¡cosmopolita!... ¡cosmópolis!... ¡gracioso, todo cosmopolita! Esto, esta.. ¿verdad, señores?

CAR. Acierta usted de lleno. Nació Teresina en Andalucía y recogió todo el fuego y toda la poesía de la tierra andaluza. A los diez años se la llevó su padre á los Estados Unidos y se recrió con todas las energías y todo el positivismo de una yankee: allí estuvo hasta los diez y ocho años.

MARQ. ¡Ah!... ¡sí!... yo conocí á una yankee... ¡beautiful!... ¡beautiful!... ¡deliciosa!... ¡me rindo!... (Inclinándose ante Carolina.)

CAR. (Saludándole.) ¡Ah! ¡Marqués!... Y ha completado su educación en Alemania, de donde ha vuelto casi sabia, casi artista... y discípula de no sé qué filósofo.

MARQ. ¡Oh!... ¡no!... ¡la filosofía!... ¡yo no transijo!... ¡mi tierra, mi tierra!... ¿verdad, señores?

ACIS. Decía usted, Marqués, que conoció usted á una yankee; pues yo también... pero esto no puede contarse.

IGN. ¡No, por Dios; no lo cuente usted!

ROB. De ninguna manera... Está Carolina. (En voz baja.)

MARQ. ¡Oh!... ¡no!... ¿verdad que no? (Va de uno á otro diciéndoles que no.)

IGN. (A Roberto.) El Marqués no sabe de qué se trata.

ACIS. Tranquilícense... ni una palabra.

ESCENA VII

CAROLINA, IGNACIO, ROBERTO, DON ACISCLO, EL MARQUÉS y MAURICIO

MAUR. ¡Nada... no viene!... Carolina. (Saludándola.) A ustedes creo que ya les he saludado antes. ¡Esta Teresina!

ACIS. No tema usted: el caballo es un animal muy noble.

IGN. (A Roberto.) Por lo menos no cuenta historias.

ACIS. ¡Muy noble!

MARQ. ¡Ah!... ¡sí!... ¡Nobleza obliga!... ¿verdad, señores? (Inclinándose ante Carolina.)

MAUR. ¡Hace seis horas que salió!... El Barón está alarmadísimo.

IGN. La verdad es que se va haciendo tarde.

MAUR. ¡Ah!... ¡silencio!... ¡me parece!... ¡silencio!...

MARQ. (Poniéndose el dedo en la boca y acercándose á unos y otros.) ¡Silencio!... ¡Silencio!

MAUR. Creo que es ella.

ACIS. Yo tengo experiencia... yo sé... precisamente recuerdo...

MARQ. (Acercándose á él.) ¡Silencio!... ¡Silencio!... (Repite maquinalmente lo último que le dijeron.)

ROB. (Al Marqués.) ¡Muy bien... muy bien!.... (El Marqués no le deja hablar á don Acisclo.)

IGN. ¡Admirable, Marqués, admirable! (Se acerca y le da la mano.)

ROB. ¡Sublime, Marqués, sublime! No le deje usted hablar.

MARQ. Sí... sí... comprendido, ¿verdad? comprendido.

ACIS. Pues yo...

MARQ. ¡Silencio!... ¡Por Dios, don Acisclo!.. ¡Silencio! (No le deja hablar.)

ACIS. (¡Este idiota es intolerable!) (Carolina y Mauricio están en el fondo.)

MAUR. Gracias á Dios.

ESCENA VIII

CAROLINA, ROBERTO, IGNACIO, DON ACISCLO, EL MARQUÉS, MAURICIO y TERESINA, en traje de amazona

TER. ¡Ya estoy aquí!

MAUR. ¡Qué locura! (Dándose las manos.)

TER. Nada de sermones: no me gustan. Carolina, Don Acisclo... (Se saludan.)

MARQ. (Acercándose á Teresina.) Silencio.

TER. ¿Por qué? (Con extrañeza porque no está en antecedentes.)

MARQ. No sé... lo dicen ellos... ¡Oh! ¡Teresina!... ¡la más bella!... ¡la más pura!... (Le besa la mano y se queda extasiado ante ella. Teresina saluda á don Ignacio y á Roberto.)

MAUR. Pues aunque se enfade usted he de repetirlo: ha sido una locura.

ROB. Si no se hicieran locuras en este mundo, la vida sería insoportable.

TER. Es verdad, Roberto.

ROB. Además, no todos podemos ser juiciosos como usted (A Mauricio.)

MAU. Procuro serlo... sin conseguirlo.

ROB. Todos le admiramos. (Mauricio va á contestar.)

TER. ¡Eh!... poco á poco; cada uno es como es. (A Roberto, saliendo á la defensa de Mauricio.) Y yo soy una loca y Mauricio tiene razón. ¡Pero qué paseo tan delicioso! ¡Dicen que el *Huracán* es muy malo! Pues yo hago de él lo que quiero. Además, no contrarío sus gustos. Mauricio, para vivir en buena armonía con las gentes y con los animales, no hay que contrariarlos. ¿El *Huracán* quiere correr? ¡pues á correr! ¿Quiere saltar? ¡pues á saltar.

MAU. ¿Quiere estrellarse? ¡pues á estrellarse!

TER. Para eso estoy yo. Para que no se estrelle; para guiarle, para dirigirle... pero aprisa, muy aprisa. Velocidad... la del...

MAU. ¡La del huracán!

TER. Justamente. ¡Qué hermosura! ¡qué delirio! ¡qué vértigo! ¡El aire que azota el rostro!

¡Los árboles que pasan como fantasmas! ¡Horizontes que huyen! ¡Horizontes que llegan! ¡Los pulmones que se ensanchan! ¡El corazón que brinca! ¡El *Huracán* que resopla! ¡á escape! ¡A escape! ¡El mundo es mío! Señoras y señores, sépanlo ustedes: ¡el mundo es mío! ¡Lo conquisté esta mañana cabalgando en el *Huracán!*

MAU. Eso es: correr, siempre; descansar, nunca.

TER. ¡Descansar! ¡descansar! El descanso es la muerte, la nada. Ya descansé bastante antes de nacer.

IGN. No estamos muy seguros.

CAR. En fin, nos diste un buen susto.

ACIS. A mí no. Yo sé que Teresina es una admirable amazona. Y el caballo es un animal nobilísimo. Yo les contaba antes una de mis aventuras en los alrededores de Boston... (Dirigiéndose á Teresina.)

TER. ¡Ay... perdone usted... se me olvidaba!... ¡Qué cabeza la mía!... (Se dirige al fondo y toca un timbre; aparece á su tiempo un Criado.)

ACIS. (A Roberto.) Venía yo de la casa de campo de uno de mis amigos íntimos. .

ROB. ¿No ha oído usted?... A Teresina le pasa algo. (Fingiendo que se alarma y marchándose con Teresina.)

ACIS. (A Carolina.) De uno de mis amigos íntimos...

TER. (Al Criado que se presenta.) Sí .. pregunte usted, pronto, pronto... y dígame cómo está; ¡si es cosa grave!... ¡Ay, Dios mío, qué desgracia!

CAR. (Dejando á don Acisclo con la palabra en la boca y corriendo hacia Teresina.) Pero, ¿qué ocurre?

TER. Que al volver, el caballo de Tony resbaló y cayó, cogiendo debajo una pierna al pobre Tony. Y yo... ¡ay, Dios mío Mauricio tiene razón: soy una mala cabeza. Al entrar... nada... ¡á pájaros! sin acordarme de nada... ¡Pobre Tony!... tan bueno, tan leal, con tres hijos... Veníamos al paso: afortunadamente veníamos al paso. Si no, ¡qué remordimiento! (Mientras habla viene al primer término.)

ROB. Remordimientos, ¿por qué? ¿Ha de dejar

uno de montar porque no se rompa las piernas un groom? También pudo usted caerse.

TER. Pero yo iba por mi gusto.

ACIS. ¡Exacto, exacto!... También iba yo por mi gusto, cuando al volver, ya de noche, me metí á caballo por el desmonte de una de las infinitas vías férreas que rodean á Londres...

CRIADO Ya he preguntado, señorita.

TER. (Corriendo al fondo: todos la siguen menos don Acisclo; el Marqués se queda distraído como una estatua á poca distancia de don Acisclo.) ¡Ah, sí! . ¿Y qué?... ¿cómo está? (Don Acisclo continúa entusiasmándose, sin notar que se le fué el auditorio.)

ACIS. Un desmonte muy estrecho; por el centro la vía férrea; de noche, y yo por entre los carriles sobre mi yegua *Bety*, solo, solo... completamente solo. (Mira alrededor, y en efecto, se ve completamente solo.) ¡Pero esta gente está desquiciada! (Acercándose al Marqués.) ¡Todos desquiciados, señor Marqués!

MARQ. ¡Ah... sí... desquiciado... esto, esta... todo!... ¡los tiempos, el tiempo!... calor, frío; frío, calor; hasta una bastonera japonesa que tengo en mi despacho... ¡desquiciada! ¿verdad, amigo mío?

ACIS. ¿Me oía usted?

MARQ. ¡Ah, sí!... (Con mucha cortesía, pero con cara de idiota.)

ACIS. De pronto, detrás de mí... ¡trap, trap, trap! ¡fú, fú, fú!.. ¡un tren á todo vapor!.. ¡y el desmonte de tres kilómetros!... ¡y alrededor la sombra, el silencio!...

MARQ. ¡Ah, sí!... ¡silencio, silencio, amigo mío! (Le vuelve la espalda haciendo un saludo y sonriendo y se va con los demás.)

ACIS. ¡Este hombre ha llegado ya á la imbecilidad!

TER. (Volviendo al primer término.) ¡Gracias á Dios no ha sido nada!

ROB. Teresina, tengo que hablar con usted. Un asunto grave: el que le indiqué anoche. Es encargo del Barón, que está alarmadísimo.

TER. No me alarme usted. ¡Mire usted que mis nervios no son de fiar!

ROB. Yo ..

TER. Bueno. Voy á llevármelos á todos y volveré.

ROB. Pero Mauricio. .

TER. También irá conmigo y le dejaré con papá. Obedece como un niño... y como á un niño se le engaña.

ROB. ¡Tan pronto!

TER. Quiso usted decir un chiste, y resultó una impertinencia.

ROB. Perdone usted.

ACIS. ¿Pero se almuerza?

CAR. En primer lugar hay que esperar á que Teresina cambie de traje: además hay que esperar que venga otro convidado más, porque ahora somos trece y el Barón no transige con este número fatídico.

TER. Voy á ver á mi padre, á desenojarle. Acompáñenme ustedes para defenderme. El que me ame que me siga. El brazo, Mauricio. (Se dirigen al fondo y les siguen todos menos Roberto.)

MAUR. ¡Con qué indiferencia me trata usted, Teresina!

TER. No quiero profanar nuestro amor delante de esa gente

MAUR. ¿Pero me ama usted?

TER. ¿Crée usted en el alma?

MAUR. Sí.

TER. Pues con toda el alma. (Con tono verdadero y apasionado.)

MARQ. (Haciendo saludos.) ¡Oh!... pasen... pasen. ¡Ah!... no... esto, esta...

ESCENA IX

ROBERTO; después TERESINA

ROB. Es el momento decisivo. ¿Venceré? ¡quién lo duda! ¡Si alguna mujer pudiera fascinarme, me fascinaría ella! (Pausa. Se pasea.) ¡Que voluntad la suya! ¡qué talento! ¡qué exube-

rancia de vida! ¡Oh! ¡ella sabría luchar! ¿Quién sabe si alguna vez lucharemos los dos? (Pausa.) ¡Y qué hermosa! ¡una hermosura que enloquece! ¡peligrosísima! ¡En hermosuras así se anegan las voluntades! ¡Se bracea y no se puede salir á la orilla! ¡Pero yo soy gran nadador! En cambio ese pobre Mauricio... (Pausa.) El se creerá sublime y á mí me parece ridículo. Ella.. Calma... y valor... mucho frío y mucho fuego.

TER. Vamos á ver, ¿qué pasa?

ROB. No se alarme usted: nada que no tenga remedio fácil. Pero antes de hablar de *asuntos serios*, déjeme usted que contemple á la encantadora Teresina. (Se queda mirándola á distancia como en adoración.)

TER. Ha empezado usted por una torpeza y por una descortesía. ¡Lo grave, lo serio, los *asuntos!* ¡Lo insignificante, *Teresina!* Gracias, mil gracias, querido Roberto.

ROB. Tiene usted razón; soy muy torpe.

TER. ¿Nada más que torpe?

ROB. No sé lo que digo. Usted me confunde, me enloquece. Yo no soy tímido, ni cobarde, ni necio, ¿no es verdad? hágame usted esa justicia.

TER. Ni modesto tampoco.

ROB. Ni modesto. Yo he pasado por situaciones difíciles, por lances muy graves. Yo he luchado desesperadamente y sigo luchando Los hombres no me asustan; las mujeres no me dominan; los acontecimientos no me sorprenden. Pues bien; estando usted delante de mí... no sé lo que me pasa. No se puede querer, no se debe querer tanto como yo la quiero á usted. Desprécieme usted; lo merezco.

TER. (Le oye sonriente y bondadosa.) No le desprecio á usted: casi le admiro: simpatizo con usted. Pero mi corazón no es mío. Y como usted sabe que yo... seré muy aturdida, muy caprichosa, pero soy muy leal, no debe usted pedirme lo imposible.

ROB. (Finge emoción y finge que se enjuga una lágrima.) Si yo no le pido á usted nada. Le digo á usted lo que siento: nada más. No me haga usted caso

TER. Bueno, pues pasemos á los *negocios serios*.

ROB. Pero le juro á usted que Mauricio no merece su amor de usted ¡y yo sí!

TER. ¡Eso no! Mauricio es muy bueno, muy noble; mejor que nosotros. ¡Y me quiere con toda su alma! Así como es, tan frío como parece, ¡con toda su alma!

ROB. Es bueno porque no puede ser otra cosa. Como son buenos los seres débiles. ¿Pero quererla á usted como Roberto? ¡No y no! El no es capaz de hacer una locura por usted, ¡yo sí! Mauricio haría por usted sacrificios... quizá en un arranque romántico llegase á dar su vida por usted.

TER. ¡Ah! ¡la vida! ¿le parece á usted poco?

ROB. ¡La vida, sí! ¡la *honra*, no! (Con pasión.)

TER. ¿Y usted?

ROB. ¿Yo? ¡Ahora mismo!

TER. La prueba.

ROB. Voy á darla. Y ya estamos en el asunto serio. ¡El nombre de su padre de usted, su fortuna, acaso su vida, están en peligro!

TER. Por Dios, Roberto, me da usted miedo y frío. Mi pobre padre... No, usted exagera.

ROB. ¿Pero usted no sabe?

TER. Sí, sé algo .. lo que usted me indicó anoche, aunque no como ahora.

ROB. Porque no quise apurarla antes de tiempo.

TER. ¿Se trata de esa quiebra .. de ese escándalo?

ROB. ¡Justamente!

TER. Pero mi padre, ¿qué tiene que ver con todo eso?

ROB. (Acercándose y en voz baja.) ¡Está comprometido, gravemente comprometido! Fué una jugada hábil, atrevidísima; duplicó su fortuna, pero todo está en el aire. Acaba de decírmelo: al borde del abismo: ¡al borde de la deshonra! ¡de la *miseria*, Teresina! (Al oído, como tentación.)

TER. ¡La deshonra no puede ser, porque mi padre es bueno; pero la miseria es la muerte y el escarnio! ¡Roberto, hay que impedir esa catástrofe! ¡A luchar, á luchar!

ROB. ¡Así la quiero á usted! ¡Valerosa, enérgica, sin *escrúpulos!*

TER. No sé para qué habla usted de escrúpulos. Defiendo á mi padre y me defiendo á mí. Esto es natural

ROB. ¡Pues adelante!

TER. No me hago cargo de la situación. Yo he leído algo de esa sociedad antes poderosa, hoy declarada en quiebra... pero nunca he visto el nombre de mi padre. Ni la menor alusión.

ROB. Su padre de usted tuvo un *testaferro*, un hombre de confianza. Don Anselmo de Pedro. Pero en estos asuntos, como en todos, por el hilo se saca el ovillo Complicado don Anselmo y en poder de la justicia, su padre de usted está perdido.

TER. Perdido... perdido... Eso sería si hubiese hecho algo malo.. pero además, de ese *de Pedro* tampoco se habla ni poco ni mucho.

ROB. Hasta ahora: y ya estamos en el fondo del abismo.

TER. ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!.. Yo no sé... yo no sé...

ROB. Oigame usted, Teresina. Mauricio es el abogado de una de las víctimas; quiero decir de un pobre accionista; y le defiende con todo el talento y toda la pasión de que es capaz.

TER. (Con un cambio propio de su carácter.) ¡Talento! ya lo creo: más que usted. (Riendo.) ¡Pasión! aunque parece frío, tiene mucha pasión: más que usted

ROB. ¡Tanto peor! Teresina, usted se ciega. ¿No comprende usted que el talento, la elocuencia, la energía, la honradez de Mauricio, constituyen el mayor peligro para ustedes?

TER. Acabe usted de una vez.

ROB. Mauricio ha tomado á empeño la defensa de su cliente. Un pobre diablo, digo yo; un

hombre honrado, dice Mauricio. Es casado, tiene tres hijos, había ahorrado diez mil duros, los colocó en esa sociedad.. los ha perdido. (Con desdén.) ¡Torpezas!

TER. ¡Torpezas! ¡Infamias, digo yo! ¡Pobre hombre! Hace bien Mauricio en interesarse por él. ¡Es seguro que papá no lo sabe! Es preciso que papá le mande esos diez mil duros. (Roberto la contempla con lástima y sonrisa burlona.)

ROB. ¡Teresina!

TER. No crea usted, no es filantropía, es egoismo. Yo quiero ser rica, poderosa, feliz, pero no quiero que los demás sean pobres, ni desdichados. Eso me entristece y me amarga todas los alegrías.

ROB. ¡Qué cabeza! pero si á cada uno de los accionistas y de los obligacionistas se les devuelve lo suyo, ¿qué le queda á su padre de usted?

TER. ¿Qué le queda? sus millones; lo que siempre tuvo.

ROB. ¿Y la ganancia? Para tener lo que siempre tuvo, no se hubiera arriesgado en esa empresa; el mundo de los negocios es un campo de batalla. Se lucha; se vence ó no se vence: ¡que los torpes no sean torpes! ¡que los débiles se resignen! ¿Ha de estar el mundo á merced de imbéciles y de cobardes? (Casi con ferocidad y fascinando á Teresina.)

TER ¡Me confunde usted! ¡me fascina! No veo claro... pero en fin, acabemos.

ROB. Mauricio llevó la cuestión al parlamento; después ha escrito varios artículos que han producido un efecto inmenso.

TER. ¡Lo sé! ¡Ah! ¡Mauricio es un ser superior! (Se olvida de todo por ennoblecer á su adorado.)

ROB. (Con alguna impaciencia.) ¡Bueno, pues el *ser superior* nos aplasta; aplasta á su padre de usted, y á usted y á todos nosotros!

TER. ¿Pero cómo?.. Por Dios, Roberto, me va usted á volver loca.

ROB. El último artículo de Mauricio, el que espera con ansia el público de las grandes emo-

ciones, y digo que se espera porque todavía no se ha publicado, se titula *Sobre la pista*, y nombra clara y terminantemente á ese señor de Pedro, al *testaferro* de su padre de usted.

TER. ¡Ah!... sí.. ¡adelante!

ROB. Si ese artículo se publica...

TER. ¡Ya sé! ¡ya me acuerdo; el escándalo, la catástrofe, la miseria, la deshonra!

ROB. Pues si lo sabe usted y lo recuerda, no tengo nada que decir.

TER. ¿Pero usted ha leído el artículo de Mauricio?

ROB. Yo no lo he leído.

TER. ¡Ah!

ROB. Pero su padre de usted con maña ha hecho que Mauricio se lo lea; y como el muy cándido no sospecha nada, se lo ha leído buscando elogios... ¡Elogios de su padre de usted! ¡Oh! ¡Los elogios no han escaseado!

TER. Yo no entiendo de esas cosas, ¿pero sabe usted que todo eso me va repugnando? No importa, se trata de mi padre, ¡de mi padre que me quiere tanto! ¡Lo primero en este mundo es querer mucho! ¿lo demás qué importa?.. ¡Ea! ¿Qué debemos hacer?

ROB. Impedir que Mauricio publique el artículo.

TER. ¡No lo publicará! (Con energía suprema.)

ROB. Muy pronto lo dice usted.

TER. ¡Por Dios!... ¡no ha de complacerme en cosa tan pequeña!

ROB. No le conoce usted.

TER. ¡Es muy bueno, muy bueno, muy bueno!

ROB. Por eso.

TER. ¡Y me quiere mucho, mucho, mucho!

ROB. A su manera.

TER. ¿Y tratándose de mi padre y de mí?...

ROB. ¿Quién sabe?

TER. Lo sé yo

ROB. Veremos. (Muy frío.)

TER. (Muy nerviosa.) ¡Pues veremos!

ROB. Pero si usted nada consigue... (Contiene un movimiento de protesta de Teresina.) aquí estoy yo para salvarles á ustedes. Tengo un medio para hacer que Mauricio ceda.

TER. ¿Cuál?

ROB. Es mi secreto. Yo no tengo escrúpulos: ¡por usted lo sacrifico todo, hasta la honra. Yo me hundo gustoso en el fango, si desde allí puedo levantar los ojos al cielo y verla á usted feliz.

TER. ¡Basta, basta!... ¡se lo agradezco... pero basta! (Aparece en el fondo Mauricio.)

ROB. El está aquí.

TER. Sí... él viene... y viene receloso.

ROB. Y celoso

TER. ¡Pobre Mauricio!... ¡es un niño! (Con ternura.)

ROB. Los niños, á veces, son crueles.

TER. ¡El, no! (Levantando la voz.) Mauricio.. acérquese.. acérquese... y no venga con paso de lobo. (Riendo.) No prentenda sorprendernos.

ESCENA X

TERESA, ROBERTO, MAURICIO

MAUR. ¡Yo!... ¿sorprender á usted?.. ¡por Dios, Teresina!

TER. Sí, sorprender á Teresina, que celebra en secreto con el señor de Cárdenas una conferencia muy grave y que celebrará otra aún más grave con usted, dentro de breves instantes. (En tono de gravedad cómica; está muy risueña, en parte, por su carácter; en parte, por fingimiento.)

MAUR. ¿Conmigo? ¡No comprendo!

TER. ¡Calma!... ¡calma! Hay que esperar á que se desarrollen los acontecimientos. Ahora las circunstancias exigen que cambie de traje. Espéreme usted cinco minutos. Yo no abuso del tocado... aunque á decir verdad, hoy necesito de *todos* mis *medios* para fascinarle á usted. (Riendo.)

MAUR. Habla usted en griego.

TER. Ya verá usted que bien lo traducimos, luego, entre los dos: los dos solos: usted Roberto... (Indicándole que se ha de marchar.) De todas

maneras, gracias por el aviso y por los consejos... ¡En guardia, Mauricio!... (En voz baja y con pasión,) ¡Te amo! (Sale.)

MAUR. (Siguiéndola.) ¡Teresina!

ESCENA XI

MAURICIO, ROBERTO

ROB. ¡Encantadora! ¿verdad, Mauricio?

MAUR. Sí: encantadora

ROB. Lo dice usted con tristeza.

MAUR. Y usted lo dijo con alegría.

ROB. Pues más motivos tendría para estar triste que usted.

MAUR. Los ignoro y no pretendo conocerlos.

ROB. Es usted discreto.

MAUR. Procuro serlo.

ROB. Pero la discreción no basta para ocultar los sentimientos. Ama usted á Teresina, y me odia usted á mí.

MAUR. Dado que usted acertase, ni lo uno ni lo otro tendría nada de extraño.

ROB. Gracias por la franqueza.

MAUR. Nunca he sido hipócrita.

ROB. ¡Ni yo tampoco! Y en punto á franqueza, no me vence usted.

MAUR. Ni en franqueza, ni en nada: reconozco mi inferioridad, respecto á usted, en todo.

ROB. En todo, no. Y á propósito. Mil enhorabuenas, Mauricio, por su brillante campaña; sus artículos de usted están produciendo un efecto inmenso.

MAUR. El mérito no es mío. La verdad y la justicia tienen mucha fuerza.

ROB. Y dicen que ciertos centros bancarios y ciertos elevados personajes están comprometidos. ¿No es así?

MAUR. Eso creo yo.

ROB. ¿Pero usted sigue la pista?

MAUR. Es mi deber.

ROB. ¿Y usted al deber, lo sacrificaría todo?

MAUR. Probablemente.

ROB. Usted sería capaz, lo sé, de sacrificar al ser más querido, en aras de la justicia. Señor de Vargas, usted es un Guzmán el Bueno.

MAUR. Ya que no pueda ser Guzmán el Bueno, procuraré no ser Vargas el Malo.

ROB. Con los hombres de dinero no debe usted tener piedad.

MAUR. Yo tengo piedad con todo el mundo y reclamo justicia para todos, sean pobres ó sean ricos. Un hombre de negocios puede ser tan honrado como cualquiera.

ROB. Es verdad. Perdone usted. Su padre de usted, amigo Mauricio, también fué hombre de negocios... tuvo una casa de banca, ¿no es verdad? Fué una gran persona.

MAUR. Mil gracias, pero es justicia. Mi padre fué un hombre honrado.

ROB. ¡Ah! Mucho, mucho. Gran amigo del Barón; amigos de la niñez, alguna vez trabajaron juntos.

MAUR. Es verdad; pero con distinta fortuna. El Barón es honradamente rico; mi padre murió honradamente pobre.

ROB. Su padre de usted equivocó la carrera; más que banquero fué un poeta, un soñador como usted.

MAUR. Con parecerme en algo á mi padre me doy por contento.

ROB. ¡Ah! Usted con su talento y su espíritu justiciero es un paladín formidable de las causas honradas. Mi enhorabuena... Además, ha sabido usted ganar el amor de Teresina.

MAUR. ¡Ojalá!

ROB. Pero no me doy por vencido.

MAUR. Lo supongo.

ROB. Se la disputaré á usted. Y hoy es la lucha decisiva. Se lo advierto. Vea usted si soy leal.

MAUR. ¡Ya! ¡Hoy! De modo que las dos conferencias graves de que hablaba Teresina... ¿se refieren?...

ROB. Justamente.

MAUR. Pues no comprendo.
ROB. Comprenderá usted pronto. En guardia.
MAUR. Ante usted siempre lo estoy.
ROB. Hace usted bien. (Vase.)

ESCENA XII

MAURICIO

Este hombre me excita los nervios... Me hace perder todo dominio sobre mi voluntad. No; hay que dominarse. Juicio, calma. Acaso soy injusto. Porque ama á Teresina me es antipático... Y me precio de honrado. ¡Ah, no! Mi corazón es leal, es muy leal. Roberto es malo, malo, perverso. Un nido de víboras metido en el hueco de una estatua de mármol: ¡por fuera frialdad, por dentro veneno!

ESCENA XIII

MAURICIO y TERESINA

TER. ¡Ea! Ya estoy aquí. He tardado algo porque entré á desenojar á mi padre del todo. Ahora los dos solitos. (Esta escena queda encomendada á la actriz: hay muchos matices.)
MAUR. Teresina...
TER. Venga usted cerca: más cerca. Míreme usted bien. ¿Cómo me encuentra usted?
MAUR. ¡Divina! ¡Como siempre, más que nunca!
TER. Gracias á Dios que me dice usted algo agradable.
MAUR. No soy cortesano de salones.
TER. Y hace usted bien. Sigamos el interrogatorio. ¿Qué crée usted que soy yo? ¿Buena ó mala?
MAUR. En el fondo muy buena, muy noble, angelical.
TER. Ya: en el fondo. ¿Y en la forma?

MAUR. Muy hermosa.

TER. Eso es eludir la pregunta. Ese punto ya quedó al principio satisfactoriamente resuelto. (Mirándole con cariño. En toda esta escena Teresina mezcla muchos sentimientos: es amante, apasionada, maliciosa, astuta, hasta es coqueta. Quiere fascinar, enloquecer á Mauricio: no olvida nunca su objeto. Todo esto lo interpretará la actriz como le parezca.)

MAUR. Tiene usted razón, Teresina. A veces disimula usted... lo buena que es, y aparenta usted que es caprichosa... voluble, fría de corazón... hasta coqueta.

TER. Pedirle más franqueza sería abusar de su amabilidad de usted. ¡Conque coqueta! ¡Conque tiene usted celos!

MAUR. No, eso no. Tengo en usted confianza ciega, absoluta. Será usted capaz de una locura...

TER. ¡Muchas gracias!

MAUR. ¡Pero no de una deslealtad!

TER. Es decir, que tengo grandes defectos.

MAUR. Algunos, ¡pero encantadores!

TER. Y á pesar de mis defectos, ¿usted me quiere?

MAUR. (Con pasión, pero con torpeza.) La quiero á usted, la quiero á usted tanto que no sé cómo explicarlo.. ¡Con toda el alma!... ¡Con el corazón!... ¡Más que á mi vida!... ¡Todo esto es tan vulgar!... ¡Ay, Dios mío, que tormento! No encontrar palabras para expresar lo que se siente.

TER. Pues queriéndome tanto y siendo su explicación tan premiosa, necesitaría usted *mucho tiempo, muchos años* para explicarme su cariño.

MAUR. ¡Años! ¡Toda una vida no sería bastante!

TER. Pues no veo más que una solución.

MAUR. ¿Cuál?

TER. Que nos casemos.

MAUR. ¡Teresina! ¡Teresina! (Dos movimientos: primero de alegría, se acerca á ella. Luego de tristeza, se aleja.)

TER. Sí: ya lo comprendo. Sus dudas, sus vacilaciones: ¡sus modestias intempestivas! *Viejo juego*, como decimos los modernistas.

MAUR. No es eso. . y es eso. No sé.

TER. He hablado seriamente con mi padre.

MAUR. ¿Y qué?

TER. Que consiente gustosísimo en que nos casemos. Dice que tiene usted mucho talento, ¡que es usted *una fuerza!*, que una *fuerza* es más que un capital; que le acepta á usted por hijo, y que le asocia á usted á sus negocios. ¿Y esto? ¿No merecen tales noticias que ponga usted una vez al menos la cara alegre?

MAUR. ¡Es el cielo que se abre ante mí! ¡Ser usted mía es la felicidad suprema! Teresina, me preguntaba usted antes si la quería mucho: yo no acertaba con la respuesta: pues ya la encontré: la quiero á usted tanto... tanto.. tanto... ¡que acepto!

TER. (Riendo, pero entre bromas y veras.) ¡Vaya un hombre! «Acepto.» (Imitándole.) ¡Como si pudiera usted no aceptar! ¡Como si fuera un sacrificio casarse conmigo!

MAUR. Aparentemente lo es. Es el sacrificio de mi dignidad.

TER. ¡Ave María Purísima!

MAUR. Digo aparentemente.

TER. ¿Y si fuera en realidad?

MAUR. Entonces...

TER. La sacrificada sería yo.

MAUR. Si yo, para casarme con usted me resignase á sacrificar mi dignidad, sería indigno de usted, y Teresina no puede casarse con un hombre indigno.

TER. Me va usted resultando demasiado perfecto.

MAUR. No lo soy. Usted es rica, inmensamente rica. Yo... trabajo para vivir.. Un abogado, ¡y no de gran fama! Todo el mundo dirá cuando se publique nuestra boda: «¡No ha sido tor pe el señor de Vargas!» Frases groseras, frases burlonas: ya las oigo. «¡El señor de Vargas ya se redondeó!» Pues nada de esto me importa; miro á mi conciencia, la veo limpia; la miro á usted,. la veo divina; miro á los maldicientes, los veo repugnantes. Para

tí mi vída entera; para los demás, el desprecio. (Con pasión.)

TER. Pues queda concertada la boda. Ya lo sabe usted, mi padre ha dicho que será usted su socio. El pone el capital: usted su talento, su influencia, su prestigio.

MAUR. La boda, sí; pero eso, no. ¿Socio de su padre de usted? ¡Imposible! porque yo nada pongo en la Sociedad. Dinero, no lo tengo. Talento para los negocios, su padre de usted tiene mucho más que yo. Influencia... Esa palabra es muy vaga.. Si es influencia política... imposible.

TER. ¡Ah! ¡qué puritano tan irresistible! Lo dice todo el mundo: usted odia la industria, los negocios, el capital.

MAUR. No me comprende usted. No es que desprecie todo eso; es que no sirvo... que no sirvo para ello, que soy torpe. ¡Despreciarlo! ¿Cómo, si es una forma fecunda, necesaria, admirable del trabajo humano? Yo sé que en el mundo de los negocios hay impurezas, egoismos, infamias, hasta maldades, pero ¿en dónde no? El campo, que da el pan bendito de cada día, hay que *abonarlo* con *materias impuras*. ¡Ah! si las tierras de labor fuesen pavimentos embaldosados con mármol de carrara, famosas cosechas darían

TER. Me gusta oirle á usted, porque yo no soy idealista.

MAUR. Lo es usted.

TER. Yo amo el lujo.

MAUR. Porque es una forma del arte.

TER. Yo amo la vida alegre y febril del gran mundo.

MAUR. Porque se ha criado usted en ella, y por exuberancia de vida.

TER. Me gusta derrochar el oro.

MAUR. Nada más repugnante que la avaricia.

TER. Me gusta viajar.

MAUR. Y á mí también.

TER. Pero en coche salón.

MAUR. En tercera no podríamos ir solos.

TER. Ya nos vamos entendiendo: ya se va usted humanizando.

MAUR. ¿De qué no seré yo capaz por usted?

TER. Ahora vamos á verlo.

MAUR. (Con cierta extrañeza.) No comprendo.

TER. No se alarme usted. Se trata de cosas insignificantes. Vamos á ver. ¿Tiene usted amor propio? (Cada vez más cariñosa, más persuasiva.)

MAUR. Lo tengo, pero no abuso.

TER. Los aplausos, ¿le importan á usted mucho?

MAUR. Me gustan, si antes me he aplaudido yo á mí mismo.

TER. Vamos al caso: ¿por complacerme prescindiría usted de unos cuantos aplausos?

MAUR. ¡Quién lo duda! ¡Por Dios, Teresina!

TER. Usted ha pronunciado discursos muy hermosos en el Parlamento á propósito de esa quiebra colosal de que tanto se habla.

MAUR. Hermosos, no; enérgicos, sí.

TER. Y ha escrito usted unos artículos... muy celebrados, muy aplaudidos.

MAUR. Es cierto... ¿Pero cómo puede interesarle á usted ese asunto? (Con extrañeza.)

TER. Pues me interesa.

MAUR. Soy el abogado de una de las víctimas, un hombre honrado...

TER. Ya lo sé, un pobre hombre á quien han dejado en la miseria. Hay que salvarle.

MAUR. Sería una acción muy noble, muy digna de usted. Pero, ¿con qué pretexto? El es muy susceptible.

TER. El pretexto ya se buscará.

MAUR. ¡Qué buena es usted! ¡Y yo que estaba pensando con tristeza: «pero esto más que á una conversación entre enamorados se va pareciendo á una consulta profesional.» ¡Perdón. Teresina!

TER. Y ahora, algo tengo que pedir.

MAUR. Teresina manda, yo obedezco.

TER. Se anuncia otro tercer artículo de usted.

MAUR. Sí: aquí tengo las cuartillas.

TER. Bueno; pues yo le pido á usted un favor especial.

MAUR. ¿Un favor?

TER. Sí; que no publique usted ese artículo.

MAUR. ¿Que no lo publique?

TER. Precisamente.

MAUR. ¡Qué capricho!

TER. Usted dijo antes que soy muy caprichosa.

MAUR. Válgame Dios, qué pena tan grande no poder complacerla. (Como hablando consigo y dando unos pasos.)

TER. (En tono duro preñado de tempestades.) ¿Qué ha dicho usted? ¿que piensa publicar ese artículo?

MAUR. Es preciso; estoy comprometido. ¿Qué dirían de mí? *¡Que al fin me habían comprado!* Y sobre todo, ¿qué pensaría yo de mí mismo?...

TER. ¿Y qué diría yo de usted si lo publicase? ¿Con esto no hay que contar?

MAUR. ¡Usted no comprende estas cosas! ¡Pobre criatura; pensaba pedirme una cosa insignificante y me pide mi nombre, mi honra y mi conciencia!

TER. (Con fiereza.) ¡Pues quiero todo eso!

MAUR. No me angustie usted, Teresina. ¡Imposible, imposible!

TER. No me desespere usted á mí. ¡Se lo mando! ¡se lo lo pido! ¡se lo ruego! ¡se lo suplico en nombre de nuestro amor!

MAUR. Es que me pide usted una infamia. Es como si me dijese usted: «¡Mauricio, por mí, por nuestro amor, sea usted infame, traidor, miserable, ruin!» Nuestro amor es demasiado puro, demasiado noble, para que invocándole me exija usted infamias y villanías. No; usted no me pide eso. Basta... pasó... hablemos de nuestro cariño.

TER. Sigamos hablando de lo mismo. Es la primera prueba á que le someto.

MAUR. ¿Pero qué amor es el de usted que por un capricho, por un rasgo de vanidad, quiere usted deshonrarme? ¡Perdón, Teresina, perdón; me vuelve usted loco!

TER. No corre usted ese peligro. Es usted una persona muy sensata.

MAUR. Teresina...

TER. ¡Acabemos! ¿Accede usted á mi ruego? (Ya no puede contener su fiereza y su carácter nervioso y dominante) *Sí* ó *no*. Y si dice usted *no*, todo acabó entre nosotros. Conque esa palabra: sí ó no.

MAUR. (También con fiereza, á pesar suyo.) ¡Pues *no!*

TER. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! (Rompe á llorar y cae en un sillón cubriéndose el rostro con las manos.)

MAUR. ¡Teresina! ¡Teresina! (Acercándose á ella y queriendo cogerle las manos.) ¡Perdóname, perdóname!

TER. Déjeme usted... déjeme usted.

MAUR. Pero explíquese usted, por Dios.

TER. Pues la verdad... usted me obliga... Además podrá usted no quererme... pero es usted un caballero; de eso, por desgracia, tengo la prueba.

MAUR. Acabe usted.

TER. (Acercándose á él y en voz baja.) Mi padre está comprometido en ese escándalo.

MAUR. ¿Qué?... ¿quién?... ¿su padre de usted?... ¿el Barón?... ¡Imposible, Teresina!

TER. (Con altivez.) Entendámonos: mi padre no es un estafador. Pero dicen que un negocio es cosa muy complicada, muy peligrosa; que el hombre más recto puede verse comprometido.

MAUR. Es verdad.

TER. Le va á mi padre en ello la fortuna, la vida, la honra; y á mí... ¡figúrese usted!

MAUR. ¿Pero cómo? Si no comprendo. Si hay para perder el juicio.

TER. En ese artículo habla usted de un hombre, no sé quién es... ¡Ah, sí, de Pedro! ¡Pues ese es el hombre de confianza de mi padre!

MAUR. ¡Ah... sí... ahora sí! ¡Horrible!... ¡horrible!... ¡Esto es horrible!

TER. (En tono dulce, casi con lágrimas.) Se trata de mi padre.. de mi padre que fué amigo toda la vida de su padre de usted... de mi padre, que le quiere á usted como á un hijo... que es tan bueno, tan generoso con nosotros,

con los dos... que no duda en abrirle á usted los brazos. Y de mí no quiero hablar, ¿para qué? Yo seré caprichosa, egoísta, todo lo que usted quiera, pero le quiero á usted y le querré siempre... aunque me humille, aunque me maltrate.

MAUR. ¡Qué cosas ha dicho usted! ¡Cuántas cosas! ¡qué dulces, qué tiernas, qué hondas, y al mismo tiempo otras, sin que usted lo pensase, ya lo sé, qué amargas, qué infames!

TER. ¿Qué? ¿yo?. . ¿Que yo he dicho cosas infames? (Vuelve á la fiereza.)

MAUR. No... si usted no se da cuenta de ello, pero en el fondo estaba todo esto que le voy á decir: «Te amo mucho, dame tu conciencia, abandona á quien debes defender, degrádate, sé traidor, desleal, infame y te daré mi amor, mi mano, los millones de mi padre.» ¡Oh, vergüenza, vergüenza; siento dentro de mí algo asqueroso!

TER. ¡Basta! ¡No quiero rogar más, ni humillarme más, ni verter más lágrimas! Ya no voy á decirle á usted que me conteste *sí* ó *no*. ¡Qué imbécil soy! ¡creí que al saber la verdad había acabado la lucha! Mi pregunta ahora es otra: ya sabe usted la verdad, *¿duda usted todavía?*

MAUR. ¡Dudo más que nunca!

TER. Basta. (Mirando á la puerta.) A tiempo vienen.

ESCENA XIV

TERESINA, MAURICIO y ROBERTO. En la galería van apareciendo los demás personajes

ROB. (A Teresina.) ¿Lo publica?

TER. Sí. Tenía usted razón. (Los dos en voz baja; Mauricio los contempla.)

ROB. (En voz alta.) ¿No cede usted ni por ella?

MAUR. Ni por ella. Ya estará usted satisfecho. (Con ira por la intervención de Roberto.)

TER. Basta. Vamos. Nos esperan. (Se dirige al fondo agitada, violentamente, procurando dominarse, apoyándose en los muebles, etc., etc.)

ROB. (A Mauricio.) Suspenda usted veinticuatro horas no más la publicación de ese artículo. (En voz baja.)

MAUR. ¿Crée usted tener sobre mí más influencia que Teresina?

ROB. ¿Quién sabe?

TER. Vamos, señores, nos esperan.

ROB. Su padre de usted aparecerá complicado en ese asunto. A tiempo se murió. Tengo las pruebas.

MAUR. ¡Mi padre!... (Cogiendo á Roberto por el brazo.) ¡Hable usted!

ROB. Mañana: veinticuatro horas.

TER. No insista usted, Roberto.

ESCENA XV

TERESINA, MAURICIO, ROBERTO, CAROLINA, DON IGNACIO y EL MARQUÉS

CAR. Según parece no hay prisa.

IGN. ¡Grave conflicto!

ROB. ¡Otro conflicto!

MARQ. ¡Ah! ¡Un conflicto!... esto, esta... siempre... ¿verdad, Carolina? (Besándole la mano.) ¿Verdad, señores?

CAR. El vizconde ha escrito que no puede venir.

TER. Pues á la mesa.

CAR. ¡Imposible!... ¡somos trece! El Barón no transige con este número.

MARQ. ¡Número fatídico!... Uno, dos, tres.. y siguen. ¿A ver... yo digo, á ver.. no es esto?

ROB. No se alarmen ustedes. Yo destruiré el número fatídico. Teresina, con su permiso de usted me retiro.

TER. No: usted, no. En rigor no hay conflicto. Mauricio acaba de decirme, que no puede

almorzar con nosotros, porque tiene que llevar al periódico un artículo importante. Y él es esclavo del deber. El brazo, Roberto. (Se dirigen al comedor.)

MAUR. ¡Teresina!

TER. (Volviendo la cabeza con indiferencia.) ¡Ah! perdón... creí que ya le había *despedido* á usted: adiós.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón lujoso en casa de Teresa. Puertas en el fondo y laterales. A ser preciso puede servir la decoración del acto anterior. Es de noche: iluminación espléndida.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA sentada. DON IGNACIO entrando por una de las puertas del fondo

IGN. Qué sola la encuentro á usted. (Se dan las manos).

CAR. Estoy esperando á que Teresina termine su *toilette*.

IGN. ¿Van ustedes al teatro?

CAR. Sí, al Real. Y también esperamos al Marqués.

IGN. ¿Según eso, el Barón está completamente bueno?

CAR. Completamente: fué todo ello una falsa alarma. El exceso de trabajo; acaso disgustos Estos hombres de negocios trabajan mucho. Si buenos millones ganan, buenas angustias les cuestan.

IGN. Es verdad. He leído, no sé en qué estadística, que los hombres de negocios son los que

dan mayor contingente á las casas de locos. ¡El oro más que el amor! (Riendo).

CAR. Pero el Barón es una naturaleza muy robusta.

IGN. (Acercándose y en voz baja). Acá, para *inter nos*... no le diga usted nada á Teresina..

CAR. ¡De ningún modo! ¿Qué es?

IGN. El Barón.. lo sé por su médico... está herido de muerte. No se sabe lo que le ha pasado en estos últimos meses... preocupaciones... pérdidas...

CAR. Pérdidas, no. Al contrario.

IGN. Pues sea lo que fuere, ello es que esa falsa alarma que usted decía, ha sido una sentencia de muerte. Dice el doctor que en cualquier momento, hoy, mañana... ¿quién sabe? esta misma noche...

CAR. ¡Qué dice usted! (Alarmada). ¡Por Dios! Y Teresina...

IGN. Nada sospecha y no hay para qué anticiparle la catástrofe. Ella tiene otros cuidados.. otras preocupaciones...

CAR. Ya le comprendo... sus amoríos.

IGN. El papel de Mauricio está en baja, muy en baja. Ha perdido lo menos treinta enteros. (Riendo).

CAR. Dice usted bien; hace muchos días que no le veo; yo imagino que se ha retirado.

IGN. Y yo también. Cuando el Barón estuvo enfermo, vino tres ó cuatro días y dejó otras tantas tarjetas, pero no subió.

CAR. ¿Por qué será?

IGN. Vaya usted á saberlo. Teresina es muy desigual; muy variable; le pasó el capricho... y se acabó.

CAR. No lo crea usted. ¡Si, es algo caprichosa pero muy apasionada, muy ardiente, muy romántica! En el fondo es muy buena.

IGN. Concedido: es muy simpática; pero aquella cabeza no tiene regulador. Ahora está en alza Roberto. Es mejor boda. El por un estilo, ella por otro... no se pierde más que una casa.

CAR. ¡Qué lengua tiene usted!

IGN. Soy justiciero.

CAR. Con Teresina, no. Le digo á usted que es muy buena.

IGN. No tanto como usted.

CAR. (Riendo). Eso desde luego. Pero mire usted, no tengo buena la cabeza estos días.

IGN. (Con malicia). ¿Estos días?

CAR. Estos días, que los demás del año la tengo muy firme.

IGN. Es que soplan malos vientos. El Barón amenazado de muerte; Teresina *amenazada de casarse con Roberto*; las ilusiones de Mauricio «¡ilusiones engañosas, livianas como el placer!» Y su reputación... su reputación muy quebrantada, si no perdida.

CAR. ¿Cómo es eso?

IGN. ¿Pero usted no sabe?

CAR. ¡Ni una palabra! Ya le he dicho á usted que hace días que estoy delicadísima... no voy á ninguna parte.

IGN. Pues el anunciado artículo... aquél célebre artículo «sobre la pista» no se ha publicado.

CAR. ¡Ya!

IGN. Y suponen...

CAR. ¿Qué?

IGN. Que Mauricio... son rumores... acaso calumnias...

CAR. Alguna infamia.

IGN. En suma, que Mauricio se ha vendido á influencias poderosas y ocultas.

CAR. ¡Jesús!... ¡Mauricio! .. ¡Ya no se respeta nada ni se respeta á nadie!

IGN. Ello es que Mauricio *se ha quedado mudo*, y que ha desistido de toda intervención en el asunto, consiguiendo que otro abogado y de mucha nota, se encargue de él.

CAR. No sé... no sé... pero yo no lo creo.

IGN. No: sus amigos no lo creemos; pero los enemigos y los indiferentes...

CAR. Y Roberto ¿qué dice?

IGN. Guarda una prudente reserva

CAR. Aquí viene. (Mirando al fondo.)

IGN. Siempre está con el Barón; es su hombre de confianza y su futuro hijo político. (Ríen los dos.)

CAR. Amigo Roberto..

ESCENA II

CAROLINA, IGNACIO y ROBERTO

ROB. (Por la puerta del centro en el fondo: se supone que es la habitación del Barón.) ¡Carolina!...

IGN. ¿Cómo se siente hoy el Barón?

ROB. Muy bien... muy bien... (Bajando la voz.) Yo creo que muy mal; pero cuidado con Teresina.

CAR. ¡Por Dios! (Como diciendo que será prudente.) ¿Pero usted crée?...

ROB. Que el día menos pensado nos da un disgusto.

IGN. ¿A tí también? (Al oído.)

ROB. (Con seriedad.) ¡A mí, como á todos los que nos interesamos por esta simpática familia! ¡Pobre Teresina! ¡Huérfana!...

IGN. ¡Huérfana!... ¡Y con cien millones!

ROB. Pero sin padre...

CAR. Y sin madre...

IGN. Es decir, completamente huérfana. Pero á pesar de todo... no le faltarán tutores y pretendientes

ROB. Ya está aquí; silencio por Dios. ¡Pobre criatura! (Ignacio le mira con sonrisa burlona, sin creer en la sinceridad de sus lamentaciones.)

ESCENA III

CAROLINA, IGNACIO, ROBERTO y TERESA en traje de teatro

TER (Animada y risueña.) Tardé mucho, ¿verdad? Te hice esperar. (A Carolina.) ¿Será ya tarde? (Saluda á D. Ignacio.)

CAR. No, querida. Además, aún no ha venido nuestro acompañante.

TER. ¿No ha venido el Marqués?

CAR. No ha venido.

IGN. Se habrá acabado de *momificar*.

TER. (A Roberto.) ¿Ha estado usted en el despacho de papá? ¿Cómo le encuentra usted?

ROB. ¡Admirablemente! Esté usted tranquila.

TER. Pues no lo estoy. (A Carolina.) Un acto de *Lohengrin* y á casa. Pero antes... sí, antes voy á verle y á despedirme. ¿No ha venido nadie más?

ROB. No. ¿Por quién preguntaba usted?

TER. Por nadie... (Aparte á Roberto.) Luego se lo diré á usted. (A Carolina.) Haz que me avisen si viene el Marqués. Dispensa.

ROB. (Acompañándola unos pasos.) ¿Qué alegre está Teresina?

TER. ¡Muy alegre, muchísimo!... ¡Luego le diré por qué!... Para usted no hay secretos.

ROB. ¡Qué crueldad!

TER. ¡Qué confianza! (Sale por la puerta central del fondo.)

ESCENA IV

CAROLINA, ROBERTO, IGNACIO, luego el MARQUÉS

CAR. ¡Qué ajena está la pobre!...

IGN. Así es la vida. Está uno tan tranquilo y de repente...

CRIADO (Anunciando.) El señor Marqués de Alta Sierra.

ROB. (Con terror cómico.) ¡Y de repente el Marqués!

MARQ. (Como siempre fino, elegante, saludando, arrastrando los pies etc., etc.) Señoras... señores... de ustedes... siempre de ustedes... yo, siempre... ¿Tardé, verdad? ¡Ah!... ¿Y Teresina?

CAR. Viene en seguida: voy á mandar que le avisen. (Toca el timbre, viene un criado, le habla en voz baja.)

MARQ. ¡Ah!... ¡Teresina!... ¡criatura... qué criatura, me enternece!... ¿Y á ustedes?... ¿A ustedes, no?

CAR. ¡A todos, á todos!

MARQ. ¡Tan hermosa... ¡Ay, infeliz de la que nace hermosa! ¿No recuerdan?... ¿No? .. Yo, sí .. esto, esta... ¡pero siempre ella! ¿Recuerdan?

ROB. Sí, todos recordamos.

IGN. (A Roberto.) Intolerable.

ROB. (En voz baja.) Pues yo creo que se va soltando.

CAR. Pero, Marqués, ¿no saluda usted á Teresina?

MARQ. ¡Ah, perdón! (Le besa la mano y sale al encuentro de Teresina.)

ESCENA V

CAROLINA, MARQUÉS, DON IGNACIO, ROBERTO y TERESINA

TER. ¿Vino ya el Marqués? ¡Ah, Marqués!

MARQ. ¡Teresina! (Besándole la mano.) Siempre... será esto, esta... para usted siempre... mi lealtad. (Se separa y se limpia una lágrima.)

CAR. (A don Ignacio) Cuando ve á Teresina se enternece, ¿por qué será?

IGN. (Riendo.) Dicen que los locos y los idiotas tienen don profético.

TER. ¿Está usted pensativo, Roberto?

ROB. (Fingiendo melancolía sin exagerar.) No lo crea usted.

TER. Pues papá está hoy muy bueno. (A Carolina y don Ignacio) ¿No le han visto ustedes hoy?

IGN. No nos hemos atrevido á molestarle.

MARQ. ¡Saludar al Barón! Indudable, saludarle... pero antes á usted. (Quiere besarle la mano.)

TER. Ya me ha saludado usted cuatro veces. (Riendo.)

MARQ. ¡Nada más! ¡Ah! Perdone usted, Teresina. Esto, esta... Siempre me confundo. (Le besa la mano.)

TER. ¡Roberto!

ROB. ¿Quería usted algo?

TER. Sí, algo... (Procurando recordar.) ¡Pero ya no me

acuerdo! (Se echa á reir.) Señor, ¿qué era? Era una cosa muy interesante. ¡Ay, qué cabeza! Tiene razón don Ignacio en lo que dice de mí.

ROB. ¿Y qué dice?

TER. (Riendo.) Se lo dice á todo el mundo y todo el mundo me lo cuenta «Que estoy desequilibrada, que dentro de pocos años ó me volveré loca ó me quedaré como el Marqués.»

ROB. ¡Qué broma! Eso no lo ha dicho don Ignacio.

TER. Lo ha dicho; yo lo sé; sé todo lo que dicen ustedes de mí.

ROB. ¿Crée usted que yo?

TER. No: sé que usted me defiende siempre. Es usted un buen amigo. (Le da la mano.) ¡Me voy pareciendo al Marqués; doy la mano tres ó cuatro veces! (Rie.)

ROB. ¿Nada más que amigo? Qué lástima!

TER. Al contrario. La amistad es el afecto más tranquilo y más cómodo. Porque mire usted, ¿se muere el hombre á quien adoramos? ¿Pues qué recurso nos queda más que morirnos de dolor? ¿Se muere un amigo? ¡Válgame Dios qué disgusto! Pero se sigue viviendo.

ROB. ¡Y para eso quiere usted que sea su amigo! Muchas gracias. (Algo picado.)

TER. Perdone usted. No sé lo que me digo. Estos días con el disgusto que nos dió papá... no sé, no sé lo que me pasó. ¡Era una angustia muy grande! Claro, papá pensó que Mauricio iba á publicar el maldito artículo y pasó unos días crueles.

ROB. Es verdad; pero desapareció el peligro. El artículo no se ha publicado: á ese De Pedro se le mandó muy lejos con mucho dinero... y en paz.

TER. ¿Lo ve usted? ¿Ve usted cómo se portó Mauricio? Me quiere demasiado para no ceder á mi ruego. ¡Mi cariño ha podido más que todo! ¿Lo duda usted todavía?

ROB. (Friamente.) No lo dudo.

TER. ¿Qué? ¿Acaso fué usted quien le convenció? (Con cierta ansiedad que no puede ocultar del todo.)

ROB. De ninguna manera.

TER. (Con ansiedad mayor.) Sin embargo, usted me dijo que tenía un medio de dominar su resistencia; ¿empleó usted ese medio?

ROB. (Seriamente.) Le aseguro á usted que no. Mauricio dejó de publicar el artículo por cariño á usted. Debo confesarlo y lo confieso.

TER. ¿Palabra de honor?

ROB. ¡Palabra de honor! Esté usted tranquila. Yo lo que quiero es que sea usted feliz. Lo demás, ¿qué importa?

TER. (Con alegría y entusiasmo.) ¡Qué bueno es usted! ¡Qué noble y qué leal! Después de mi padre y de Mauricio á usted es á quien más quiero en este mundo. (Le da la mano, que Roberto estrecha fingiendo los dos. Ríen los dos, reparando que se han dado la mano tres veces.)

ROB. Usted, Teresina, juzga con demasiada precipitación... me supone usted mejor de lo que soy. (Con hipócrita modestia y en el fondo algo de burla.)

TER. No, algunas veces me da ust d miedo ¡Mira usted de un modo!... ¡Ahora, por ejemplo!

ROB. Es para leer en su alma de usted.

TER ¿Y lee usted?

ROB. Sin dificultad ninguna. Toda esta conversación no tenía más que un objeto: preguntarme si yo le había dicho algo á Mauricio. Dijo usted *que no se acordaba* de lo que tenía que decirme... «¿qué era, señor, que era?» (Imitándola.) Pues esto, esto que hemos puesto en claro.

TER. Es verdad. ¡He fingido! Es admirable la penetración de usted.

ROB. ¿Y Mauricio?... ¿Qué sabe usted de él?

TER. No sé... desde aquél día no ha vuelto. (Con tristeza.)

ROB. ¡Qué rencoroso!

TER. ¡Y cuánto tarda!

ROB. ¿Quién?

TER Mauricio

ROB. ¿Pero va á venir?

TER Le he escrito que venga esta noche y que me espere.

ROB. ¿Y si se niega?

TER. ¡Negarse! (Riendo.) Le digo que «¡si no viene haré un disparate!» ¡Y cuando yo digo *que haré un disparate*, hay que creerme! Y todo el mundo me crée. Tengo mi reputación muy bien sentada.

ROB. Tiene usted razón: ¡vendrá! (Como fingiendo tristeza.)

TER Si cuando él venga, yo no he vuelto, le ruega usted que espere y le hace compañía. Yo quiero que sean ustedes buenos amigos.

ROB. ¡Yo creo que es usted muy mala! ¡que no sabe usted lo que es tener piedad!

TER. (Pensativa.) ¡Quién sabe! ¡pudiera ser! ¡Ea, vamos... vamos que se hace tarde! Usted, don Ignacio, va usted con papá, y le hace compañía hasta que volvamos. Yo vuelvo en seguida. Vamos, Carolina.

CAR. Cuando quieras.

TER. ¡Creo que esta noche va á ser la más feliz de mi vida! Me lo da el corazón. (Sale con Carolina por una puerta lateral del fondo.)

MARQ. ¡Ah, Teresina!... «Spirto gentil.» (Sale con las señoras.)

ESCENA VI

ROBERTO, DON IGNACIO, un CRIADO

ROB. Oye, Ignacio, Mauricio va á llegar de un momento á otro. Quisiera que, cumpliendo el deseo de Teresina, fueses á cuidar del Barón

IGN. Yo siempre estoy dispuesto á complacer á un amigo.

ROB. Gracias.

IGN ¿Es el momento *supremo*?

ROB. ¿Quién sabe?

IGN. Buena suerte.
CRIADO Don Mauricio de Vargas.
IGN. Ahí le tienes. (Se dirige al fondo en el instante que entra Mauricio.)
MAUR. Don Ignacio.
IGN. Señor de Vargas. (Saludándose.) Voy á hacer compañía al señor Barón.
MAUR. ¿Cómo sigue?
IGN. Perfectamente. Hasta luego.
MAUR. Hasta luego. (Sale don Ignacio por la puerta central del fondo.)

ESCENA VII

DICHO y ROBERTO

MAUR. Señor de Cárdenas.
ROB. Señor de Vargas. (Se saludan. Pausa algo penosa.)
MAUR. Ya me ha dicho don Ignacio que el señor Barón sigue bien.
ROB. Muy bien.
MAUR. ¿De modo que su pasada dolencia, no tuvo importancia?
ROB. Ninguna
MAUR. Lo celebro.
ROB. Se comprende. (Con cierta sonrisa muy disimulada.)
MAUR. ¿Por qué? (En tono algo duro que no puede contener.) Es decir... (Dominándose.) se comprende y es natural. Pero lo ha dicho usted de un modo...
ROB. No sé como lo he dicho. Pero se comprende que hubiera sido para usted un cargo de conciencia.
MAUR. ¿Para mí?
ROB. Es claro. Su artículo de usted hubiera sido el golpe de gracia para el padre de Teresina. El buen señor *ya tiene años*, y el corazón hace algunos que no marcha bien.
MAUR. Es verdad. ¡Y hubiera sido para mí un dolor horrible! ¡Horrible!... ¡Pobre Teresina!
ROB. ¿Nada más que dolor? ¿Remordimiento, no?
MAUR. ¿Por qué? Cumplía con mi deber.

ROB. Para juez no tiene usted precio. Y para verdugo tampoco. (Sonriendo).

MAUR. ¡Señor de Cárdenas!

ROB. ¡No se ofenda usted! El verdugo es un representante de la ley. Si la Sociedad desprecia al verdugo, debiera despreciarse á sí misma. El cumple lo que ella ordena

MAUR. Hoy le da á usted por ser humanitario.

ROB. Siempre; es mi parte débil.

MAUR. Le felicito.

ROB. Procuro salvar á todo el que veo en peligro. ¿Quién salvó al Barón de la deshonra, de la ruina, acaso de la muerte? Dígalo usted, ahora que nadie nos oye.

MAUR. Usted; lo reconozco lealmente.

ROB. A no ser por mí, hubiera usted publicado el artículo.

MAUR. Sí, señor. Y supongo que ya se lo habrá dicho usted á Teresina.

ROB. ¡Por Dios! No me conoce usted bien. Ni una palabra Al contrario; me preguntó hace un momento, y he reconocido y jurado por mi honor que todo el mérito es de usted.

MAUR. (Sorprendido). Es una conducta muy noble. (Roberto sonríe con sonrisa burlona). O muy hábil.

ROB. ¿Por qué no las dos cosas?

MAUR. ¿A qué buscar complicaciones?

ROB. De todas maneras, Teresina le está á usted agradecidísima. Por eso le ha llamado. Y la boda es segura.

MAUR. (Tristemente) ¡Bien sabe usted que no!

ROB. Porque usted no querrá. ¡Eso sería heróico!

MAUR. Eso sería honrado.

ROB. (Con desprecio.) Decididamente no nos entendemos.

MAUR. No es fácil.

ROB. ¿Por qué?

MAUR. Porque tenemos puntos de vista distintos. Por ejemplo: su pasada conducta de usted ha sido eficaz, pero infame.

ROB. ¿Ha pensado usted bien esa palabra?

MAUR. Durante quince días.

ROB. Entonces no será fácil que la retire usted.

MAUR. Será imposible. Digo que ha cometido usted una infamia para salvar al padre de Teresina. Infamia que tendrá su recompensa.

ROB. No veo muy clara, ni la recompensa, ni la infamia.

MAUR. Empecemos por ésta.

ROB. Generalmente, por ahí se empieza y por ahí se acaba.

MAUR. No todos; usted, sí.

ROB. Me parece que usted me insulta. Pero de eso hablaremos luego. Veamos la infamia.

MAUR. Usted consiguió que mi padre, días antes de morir, y confiando en usted como amigo íntimo del Barón, le entregase unos documentos.

ROB. Que comprometían horriblemente á su señor padre en esa quiebra colosal y escandalosa.

MAUR. Mi padre *era inocente, de todo punto inocente.*

ROB. Pero fué débil y confiado.

MAUR. Ni débil ni confiado; era caballero.

ROB. Nunca lo dudé.

MAUR. Usted me amenazó con publicar esos documentos. ¡Eso era la deshonra de mi padre! ¡Era la muerte afrentosa de mi pobre madre! Luché, vacilé, retrocedí, venció usted. ¿Hice mal? ¿Hice bien? ¿Fuí cobarde? ¿Fuí piadoso? ¡No lo sé! ¡Que no le pidan cuentas á mi cerebro! ¡Que conteste, si puede, mi corazón!

ROB. Yo creo que procedió usted con prudencia y discreción. Salvó usted la memoria de su padre, la vida de su señora madre; salvó usted al Barón y á Teresina, y de paso *sus bodas con la encantadora heredera.* ¿Qué más se le puede pedir á un caballero?

MAUR. ¡Ah! (Da un grito y da un paso hacia Roberto, que retrocede; pero se contiene al fin.) Señor de Cárdenas, soy hombre de voluntad firme y de mucha sangre fría... soy así. Pero usted me repugna tanto, que me hace usted perder toda mi serenidad. ¡Le odio á usted lo que no puede usted figurarse! (Trémulo á punto de estallar.)

ROB. (Cada vez más frío é irónico.) El odio es una mala pasión y es inútil. Yo no odio á nadie: ni siquiera á usted. ¿Para qué odiar? ¿Para darse un mal rato? Las personas me son útiles ó dañosas: procuro favorecer á las primeras é inutilzar á las segundas.

MAUR. ¿Y usted quiere inutilizarme?

ROB. No necesito tomarme ese trabajo. Si usted trabaja por mí, ¿á qué molestarme yo?

MAUR. En efecto; es usted un ser muy peligroso.

ROB. Mil gracias. Al fin me dice usted algo agradable.

MAUR. Pues fué sin intención.

ROB. En suma: ¿usted pretende ó no casarse con Teresina?

MAUR. No me creo en la obligación de dar á usted cuenta de mis propósitos. Le diré á usted, sin embargo, que si hay algo en este mundo que me decidiese á unir mi suerte á la de Teresina, sería el impedir que fuese usted su esposo.

ROB. Más claro.

MAUR. Sí, señor; más claro. Porque unida á usted sería la suya una vida horrible de humillaciones, ¡de degradación acaso! ¡Pobre criatura! ¡En poder de usted se volvería loca!

ROB. Y en poder de usted... ó ridícula á idiota.

MAUR. ¡Señor mío!

ROB. (Riendo.) ¡Algo he de decir yo también! Y ahora caigo en la cuenta de que hace rato que nos estamos diciendo cosas, que entre hombres de corazón no pueden tener más que un desenlace.

MAUR. Me figuro cuál.

ROB. No necesita usted gran penetración para figurárselo.

MAUR. ¿Un duelo? (Roberto sonríe.) Me repugnan los duelos.

ROB. ¡Sí, la moral los condena! Solo que la moral es elástica: no impide la ofensa y prohibe la reparación.

MAUR. No me dejó usted concluir. Yo soy un ser

débil é imperfecto. Abomino del duelo y voy al terreno en casos como este.

ROB. ¡Gracias á Dios!... Señor de Vargas... (Tendiendole la mano.) ¿Me niega usted la mano?

MAUR. Sí, señor.

ROB. ¿Otro insulto?

MAUR. Agréguelo usted á la cuenta anterior.

ROB. La saldaré toda ella de una vez y pronto.

MAUR. Será la primera cuenta que salde usted á tiempo.

ROB. ¡Es demasiado! (Ya fuera de sí.)

ESCENA VIII

MAURICIO, ROBERTO y DON IGNACIO, agitado. Al ver á don Ignacio se contiene

ROB. (Rápido y en voz baja) Luego.

MAUR. Luego.

IGN. ¿No ha venido Teresina?

ROB. No: todavía no. Pero no tardará. Ella no puede estar tranquila quince minutos en ninguna parte.

IGN. Es que el Barón no está bueno. El Doctor acaba de llegar á la hora de costumbre, y ha preguntado si Teresina está en casa.

MAUR. (Con gran interés y temor.) ¿Pero qué siente el Barón?

IGN. Por ahora nada. Parece que está bien. Pero el Doctor me ha dicho en voz baja: «Me quedaré hasta muy tarde con pretexto de una partida de tresillo »

MAUR. (Con mayor alarma.) Entonces algo teme.

ING. O acaso exceso de celo. ¿Pero ustedes creen que volverá pronto Teresina?

ROB. Teresina llega al teatro: coge los gemelos: explora palcos y butacas: oye unos compases: dice cuatro cosas muy oportunas y muy ingeniosas: se queja del calor y de los nervios: y concluye por pedir su brazo á cualquiera, para que la lleve al coche y volver á casa. Este es el programa: verán ustedes

cómo se cumple. No oye ni un acto. Y esta noche, sobre todo, estará muy inquieta.

ING. ¿Esta noche?

ROB. Naturalmente: por su padre. ¿No lo dije?

ESCENA IX

MAURICIO, ROBERTO, DON IGNACIO, TERESINA y DON ACISCLO

TER. Ya me tienen ustedes de vuelta. ¡Mauricio! (Le da la mano con emoción profunda.) Don Acisclo entró á saludarme, y fué tan bueno, que dejó de oir la ópera por traerme á casa.

ACIS. Una obligación y un placer.

TER. (Interrumpiéndole.) Y además, ha sido tan amable, que ha venido refiriéndome una de sus más curiosas aventuras.

ACIS. ¡De las más extraordinarias! Yo he oído el *Lohengrin* como nadie .. Verán ustedes...

TER ¿Y papá?

ING. Perfectamente.

TER. Voy á verle. (Hace un movimiento, pero la detiene don Ignacio)

ING. No... no entre usted... se acostó y estará durmiendo. Ha encargado el Doctor que no se le despierte.

TER ¿Vino el médico?

ING. Según costumbre. Y nos espera para nuestra partida de tresillo. ¿Vienes, Roberto? ¿Viene usted, don Acisclo?

ROB. Con mucho gusto.

ACIS. Desde luego... Ya les contaré... ya les contaré.

ING. (Sí, te dejamos.) Vamos allá. (Dirigiéndose hacia el fondo)

ROB. (Lo mismo.) Vamos.

ACIS. (Siguiéndoles) Yo he oído el *Lohengrin* una temporada en que estuve sordo.

ROB. ¡Qué felicidad! ¡Ser sordo! ¡Oh, dicha incomparable! (Salen.)

ESCENA X

TERESINA MAURICIO

TER. (Mirando de reojo: en cuanto salen se precipita hacia Mauricio.) ¡Mauricio!... ¡Mauricio!... ¿Me perdona usted?

MAUR. ¡Yo, Teresina! ¿Perdonar yo á Teresina?

TER. Sí, porque necesito su perdón. ¡Fuí muy grosera, muy cruel!

MAUR. ¡Nunca, Teresina!

TER. ¡Digo que sí! Déjeme usted humillarme.

MAUR. Lo que usted hizo fué natural y fué justo. Defendía usted á su padre, y además, usted no podía comprender mi resistencia.

TER. ¡Eso es verdad! (Con energía.) Pero mire usted, lo que yo más sentía es que no se sacrificase usted por mí. ¡Ah! ¡yo sé querer como nadie! Más que usted.

MAUR. ¡No! ¡Hasta ahí no llegamos!

TER. Pues, sí, señor. Usted me quiere *apasionadamente, profundamente, prudentemente*. Dice usted: «Amor mío, de aquí no pasarás, que no quiero que salpiques mi conciencia con salpicaduras de debilidades humanas.» Pues yo no; yo no soy así. ¡Cuando amo, quiero que mi amor vuele por un horizonte infinito! Ni me importan las salpicaduras de barro, ni si me estrello, las salpicaduras de sangre.

MAUR. ¡Teresina!

TER. ¿Qué? ¿A usted no le gusta que le quiera de de este modo? ¿Prefiere usted que le ame con *prudencia* y *corrección*? Dígalo usted, dígalo usted A escoger.

MAUR. ¿Escoger, qué? Yo la quiero á usted, como usted sea; ¿buena? pues buena. ¿Mala? pues mala. Y no sea usted de distinto modo porque no la querría tanto.

TER ¡Eso ya es algo!

MAUR. Si es que ante usted, ni soy nada, ni soy nadie, ni tengo voluntad.

TER No: voluntad, ¡vaya si tiene usted!

MAUR. Lo dice usted con cierto tono rencoroso.

TER. ¡No! Usted no ha podido hacer más de lo que ha hecho. Lo sé por Roberto.

MAUR. ¡Ah!... No... Teresina, es preciso que usted sepa...

TER. (Con imperio.) ¡Silencio!

MAUR. Es preciso.

TER. ¡No! Ahora ni una palabra.

MAUR. Pero es que yo quiero decir á usted...

TER. Luego, luego me contará usted sus luchas, sus angustias. Antes tengo que decirle algo muy serio y muy solemne. Siéntese usted.

MAUR. Obedezco. ¿Pero usted? (Al ver que Teresina continúa en pie.)

TER. Yo, en pie. (Al ver que se levanta.) Usted, á sentarse.

MAUR. (Riendo.) No comprendo.

TER. Le digo que debe usted sentarse y tomar actitud digna y reservada. De lo contrario no puede continuar la escena.

MAUR. Pues sea. (Se sienta.)

TER. Yo me adelanto, saludo y digo: En nombre del señor Barón y plenamente autorizada, me dirijo al señor don Mauricio Vargas y le pido su blanca mano.. no... su honrada mano para la señorita Teresa, hija única del expresado señor. (Con ternura.) ¡Y Teresina, contrita y humillada, ruega á su Mauricio que no la desaire!

MAUR. ¡Teresina! ¡Teresina!

TER. ¿Qué? ¿no dice usted más que eso? ¿Es dignidad? ¿Es alegría? ¿Es duda? ¿Es negativa? (Alterándose ya un poco.)

MAUR. ¡Es alegría infinita! ¡Y es turbación inmensa! ¡Y es duda horrible!

TER. Esperaba una explosión de gozo como el que yo sentía dentro de mí y no encuentro más que palabras y palabras. (Con enojo.)

MAUR. Yo deseo aceptar; ¿pero honradamente, dada mi situación y lo que ha pasado, puedo aceptar? ¿No seré indigno de usted aceptando?

TER. ¡Yo no discuto sutilezas! Una contestación clara y terminante. Aquel amor de que me habló usted en otro tiempo, cuando yo todavía no le amaba, ¿ha desaparecido?

MAUR. Dice usted bien. Hay que terminar. Mi amor es tan grande, que ni yo puedo explicarlo ni usted comprenderlo. ¡Usted me enloquece! ¡Se acabó mi voluntad! ¡Después podré despreciarme: ahora no pienso más que una cosa: que yo no puedo, no puedo perder á Teresina! (Con gran pasión.)

TER. ¿Eso quiere decir que *sí?* ¡Dígalo usted!

MAUR. (Con pasión.) Sí.

TER. Gracias á Dios; ¡y cómo se ha hecho usted de rogar!

MAUR. Un momento: con una condición.

TER. ¿Condiciones? En el número de mis virtudes no está la paciencia (Impacientísima.)

MAUR. ¡Por Dios, óigame usted! se lo pediré de rodillas. No impongo: ruego: me entrego á usted. Ya dije *sí*, pues sí. Pero óigame usted, Teresina.

TER. (Nerviosa, impaciente, etc., etc.) Ya oigo.

MAUR. Será usted mi mujer y saldremos de esta casa.

TER. Es precepto divino: por tu esposo dejarás á tus padres. Concedido. ¿Hay más?

MAUR. Saldremos de España, iremos no sé á dónde, muy lejos.

TER. Me gusta mucho viajar. Concedido. ¿Hay más?

MAUR. Vivirá usted con lo que yo tenga y con lo que gane: no soy rico, pero no soy pobre. De la inmensa fortuna de su padre, de sus millones no nos aprovecharemos ni usted ni yo.

TER. (Con fiereza.) ¿Esa fortuna deshonra acaso?

MAUR. No, no digo eso; pero no la he ganado yo, ni usted tampoco. Es cuestión de dignidad y de conciencia.

TER. ¡Dignidad! ¡conciencia! ¡cómo abusa usted de esas palabras sonoras! ¡Yo digo *amor, felicidad*! ¡Y usted viene con la cuenta de gastos! ¡Usted no me quiere! ¡No, no me quiere!

MAUR. ¡No quererla! La quiero á usted más que usted y con más violencia y con más constancia. ¡Con todo el fuego de mi sangre! ¡con todas las sacudidas de mis nervios! La quiero á usted como usted sea: buena ó mala. ¡Te quiero como tú seas y no de otro modo, porque entonces no serías tú! Así, así; ésta, ésta; Teresina y nada más que Teresina.

TER. ¡Ahora sí que eres mi Mauricio! Y por Mauricio todo. ¿Sufres? ¿Tienes escrúpulos? Pues yo también. Sí. ¡Lejos! ¡lejos! pobres, modestos. Lo que tú quieras. ¿Estás contento, Mauricio? (Con ternura y emoción.)

MAUR. ¡Qué buena eres!

TER. No, si no es un mérito en mí. ¿Pues no tengo pruebas de tu amor, como yo no pude soñar? ¿No lo sacrificaste todo por Teresina? ¿No renunciaste á publicar aquel artículo, que hubiera sido la deshonra y la muerte de mi padre, *por mí, sólo por mí*? ¿Pues que más pudiste hacer?

MAUR. ¡Yo! ¿que yo hice?..

TER. Sí: tú. ¡Luchaste, pero venciste! No, vencí yo. ¡Qué dicha tan inmensa siento!

MAUR. Soy incapaz de engañarte.

TER. ¡Ya lo creo!

MAUR. ¡El silencio es infame! ¡El engaño sería repugnante! No, no.. ¡con la mentira yo no compro ni el cielo!

TER. ¿Pero qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? ¿No fué por mí?

MAUR. No.

TER. ¿Pues por quién?

MAUR. Por Roberto.

TER. ¡Roberto me ha dicho que no... que no... que no!

MAUR. Te ha engañado. ¡Cedí á sus amenazas!

TER. ¿Pero qué estás diciendo? ¡Tú, cobarde!... ¿Quieres convencerme de que eres cobarde?

MAUR. ¡Oye, oye bien! ¡Juzga y resuelve! Roberto me amenazó con deshonrar á mi padre, que aunque inocente, aparecía complicado en ese horrible escándalo.

TER. ¡Ah! (Retrocediendo y lanzando un grito.)
MAUR. ¡Y por la memoria de mi padre, por la vida y la desesperación de mi madre... cedí!
TER. ¿Y por mí no? (Con horrible fiereza.)
MAUR. ¡No sé si hubiera cedido! ¡No sé! ¡No me preguntes más! Te dije la verdad.
TER. ¡Júralo!
MAUR. ¡Lo juro!
TER. ¡Ah, mi vida! ¡Ah, mi amor! ¡Ah, mis ilusiones! (Desesperada, loca, cae llorando.)

ESCENA XI

TERESINA, MAURICIO, CRIADOS, que pasan. DON IGNACIO ROBERTO, CAROLINA

CRIADO (Saliendo por el fondo.) ¡Andrés, que vaya Andrés! (Pasa.)
CRIADO ¡Pero no viene! ¡Hay que ir por la medicina! ¡Al momento! (Pasa).
IGN. (Agitadísimo.) ¡Pronto, pronto!
TER. (Levantándose y corriendo al fondo.) ¿Qué ocurre? ¿Mi padre?
IGN. Nada... es decir...
TER. ¿Qué?
IGN. Ha sentido un desvanecimiento. Yo creo que pasará en seguida. (Mauricio y don Ignacio hablan rápidamente.)
TER. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, mi pobre padre! (Corre hacia el fondo.)
MAUR. No entre usted, Teresina. (Queriendo detenerla.)
TER. Aparte usted. (Le separa con violencia y va á entrar.)
ROB. (Deteniéndola.) ¡No entre usted, no, por Dios!
TER. (Deteniéndose aterrada.) ¿Por qué?... ¡Ah! ¡Se muere!
ROB. No sé. (Entre todos la rodean y la detienen.)
TER. Quiero entrar.
CAR. (Abrazándola.) ¡Teresina! ¡Por Dios!
TER. Entraré, entraré. (Se desprende de todos y entra.)

ESCENA XII

CAROLINA, ROBERTO, MAURICIO, DON IGNACIO

MAUR. ¿Por qué la dejan ustedes?

CAR. ¿Quién la detiene?

MAUR. ¿Pero quién está con el Barón?

CAR. Hay mucha gente. Nosotros acabábamos de llegar.

MAUR. ¿Pero cómo ha sido?

CAR. No sé.

IGN. Yo tampoco. El doctor fué á verle... y empezó á llamar á los criados y dió la voz de alarma.

MAUR. ¿Pero cómo está?

IGN. Sin sentido.

ROB. Yo creo que está muerto.

CAR. Eso creo yo.

MAUR. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Teresina!

ROB. Hace rato parecía estar soñando. ¡Daba gritos! Decía cosas extrañas. «*Ese hombre... ese hombre... Ha sido mi ruina y mi deshonra... Por él, por él me muero.*»

MAUR. ¿Eso decía?

ROB. Eso... y muy claro... pero no le comprendimos, ni sabemos quién será ese hombre.

CAR. Es que deliraba.

IGN. Seguramente.

MAUR. ¿No pronunció ningún nombre?

ROB. No sé... no oí ninguno.. no sé si los demás oirían algo. (Claro que Roberto habla con intención cruel.)

MAUR. Y cuando ustedes salieron, ¿deliraba?

CAR. Yo creo que estaba muerto.

ROB. ¿Quién sabe? Acaso no... y siga delirando.

MAUR. ¡Y Teresina le oiga! ¿Es eso lo que quiere usted decir?

ROB. ¿Va usted á delirar también?

CAR. (Acercándose á la puerta.) ¡Silencio! (Toda esta escena rápida, animada, agitadísima, pero casi en voz baja.)

ESCENA XIII

MAURICIO, ROBERTO, IGNACIO, CAROLINA, MARQUÉS, TERESINA, DON ACISCLO

MAUR. ¿Murió ya?

MARQ. Murió. ¡Silencio!

TER. ¡Mi padre, Dios mío! ¿Por qué me echa el Doctor? ¿Por qué me traen ustedes?

CAR. (Abrazándola.) ¡Valor!

MAUR. (Acercándose á ella.) ¡Por Dios, Teresina!

TER. ¡Ah! (Separándose.) ¡Sí, sépalo usted, murió! Pero antes pudo hablar. ¡Yo le entendí! Tú también le hubieras entendido. Pues lo digo ante Dios, mi padre era muy bueno, mejor que tú. ¡Mejor, mejor!

CAR. Cálmate.

ROB. ¡Pobre criatura, delira!

TER. ¡Ven conmigo, ven á ver á mi padre! (Quiere arrastrarlo hacia el fondo.) ¡Dios mío, se acabó todo, padre, amor, dicha, todo! ¡Mauricio! ¡Mi Mauricio! ¡El también se acabó para siempre! (Da un grito y cae: todos le rodean.)

MAUR. (Cae de rodillas junto á ella.) ¡Mi Teresina!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa un salón lujoso. En el fondo una gran puerta que da á otros salones. Puertas laterales. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS y DON IGNACIO

MARQ. (Va á la puerta del fondo, la abre un poco y observa.) No comprendo... no sé... Esto, esta... muy extraño... ¿verdad?

IGN. ¿Qué es lo que no comprende usted? ¿Qué es lo que le parece extraño? (Con cierta nerviosidad: se ha contagiado.)

MARQ. ¡Ah! ¡la soledad! ¡Algo siniestro! ¡Muchas luces y nadie! ¿Verdad?

IGN. Pero fíjese usted: es día de recepción; la más solemne del año; como que en ella se solemnizan las bodas de Roberto y Teresina

MARQ. ¡Ah, Teresina! ¡divina, soltera! ¡divina, casada! ¡divina, viuda!

IGN. (Riendo) ¡No tan aprisa, que aun vive Roberto!

MARQ. ¡Roberto il diábolo! ¡sublime! *¡Pietá, pietá di me!* (Recordando el terceto del último acto.)

IGN. Mi querido Marqués; ¿sabe usted que le encuentro cada día mejor? ¿Verdad? ¡Otra! (Con impaciencia al observar que sin querer imita al Marqués.)

MARQ. ¿Verdad?

IGN. Hace cinco años que va usted ganando.

MARQ. No, no; este verano .. esto, esta... perdí treinta ó cuarenta mil francos... al treinta y cuarenta; ¡curioso!

IGN. ¡Déjeme usted acabar y no me interrumpa con su novísima elocuencia!

MARQ. ¡Ah, sí; silencio!

IGN. Decía que es noche de recepción; pero agrego, que como no empieza hasta las diez, y como es temprano... por eso ¡no hay nadie!

MARQ. ¿Y Teresina? ¿Por qué no vemos á la divina Teresina?

IGN. Le dió por comer sola con su hijo. Esto le sucede con frecuencia.

MARQ. ¡Verdad!... ¡el pequeñuelo! ¡el bambino!... ¡Ah, precioso! ¡Pero esto, esta... me gusta más Teresina! ¡Eh!... Digo... ¡Ah... perdón! ¿No oye usted? (Va al fondo entreabre la puerta y mira.)

IGN. Es que empezará á venir gente.

MARQ. ¿Le conoce usted? (Llamando á don Ignacio y señalando á uno que pasa por el salón.)

IGN. (Se acerca y mira) ¡Pues no! Es un doctor famoso; un especialista en enfermedades mentales. Y muy amigo de Roberto. (Viene al proscenio.) Le conozco mucho.

MARQ. ¡Yo también... también!... ¡Rocanegra! Me asistió... la última vez. ¡Ah... exquisito... un caballero!... Esto, esta... Pero observe... ¡solo .. el doctor ,solo! ¡Siniestro!... ¡Da frío!

IGN. No sé por qué.

MARQ. Por Teresina... pobre criatura... ¿verdad? Ella y el bambino... capullo de rosas... ¿digo bien?

IGN. No sé... porque no le comprendo... Usted tiene sin duda una idea...

MARQ. Una idea... esto, esta, digo yo. *El... él* y Rocanegra. (En toda esta escena se muestra excitado.)

IGN. ¿Pero, quién es *él?*

MARQ. ¡Ah!... fuera descortesía... estamos en su casa... no, eso no... perdone usted.

IGN. ¿Habla usted de Roberto?

MARQ. Yo hablo... hablo... Permite usted... (Le da la mano.) voy á ver al doctor. (Sale riendo.)

ESCENA II

DON IGNACIO, después ROBERTO

IGN. ¡Pobre Marqués! Qué enmarañadas están las ideas en su cerebro, y las palabras en sus labios. ¡Pero tiene su instinto! No discurre, pero siente. Desde que se me han desatado los nervios, el Marqués me va siendo más simpático (Se pasea meditabundo.)

ROB. Hola, ¿eres tú? ¡Por qué no entraste! ¿Te vas volviendo misántropo?

IGN. Siempre lo he sido. Pero dime, ¿por qué abandonas tú á tus convidados?

ROB. ¡Bah! son amigos íntimos y allá quedan disputando de política. En los salones todavía no hay gente. Y yo fuí á ver á Teresina.

IGN. ¿Y la viste?

ROB. No. Había dado orden de que no entrase nadie en sus habitaciones. Y yo, marido respetuoso, obedecí el mandato.

IGN. ¡Ah! Tú eres un marido modelo... ¿verdad? (Se ha contagiado del Marqués con esta muletilla: «verdad».)

ROB. ¿Verdad que sí?

IGN. ¿Quién lo duda?

ROB. Y cariñoso y paciente y fiel como ninguno. ¡Ah! querido Ignacio; otro hombre más violento que yo, y que quisiera menos á su mujer, motivos tendría para impacientarse.

IGN. Sí, vamos; Teresina no te deja manejar á tu gusto su fortuna.

ROB. ¡Qué modo tienes de decir las cosas tan brutal!... perdona, tan poco correcto. No es desconfianza .. es que se empeña ¡en que nuestro hijo va á la miseria!—Efectos de su carácter y de esa maldita enfermedad nervio-

sa que tan preocupado me tiene. ¡Pobrecilla! ¿Será cosa grave?... tú, ¿qué piensas?

IGN. Yo no soy médico.

ROB. Como la quiero tanto, sufro mucho. Créeme Ignacio, sufro mucho.

IGN. ¡Ah! cariñoso... Vaya si eres cariñoso; como nadie. (En el fondo con ironía.)

ROB. ¿Verdad que sí?

IGN. ¡No hay más que ver! La cuidas mucho; siempre la tienes rodeada de especialistas en enfermedades de los nervios. Si á mí, que estoy algo neurasténico, me sometiesen á ese régimen me volvía loco en dos meses.

ROB. Es que á mí esas afecciones me dan mucho miedo. ¡Pueden atacar al cerebro!

IGN. ¡Sí: la quieres mucho! (Muy nervioso.)

ROB. Más que ella á mí.

IGN. ¿Estás acaso celoso? (Con extrañeza y curiosidad.)

ROB. ¿Yo celoso? ¡qué disparate! Ella es muy noble y muy honrada. Tuvo unos amoríos románticos con Mauricio. Se convenció, porque Teresina tiene talento, de que Mauricio es frío y egoista; apreció la delicadeza de mi conducta... en fin tú conoces la historia.

IGN. Sí... en globo.

ROB. Te aseguro que Mauricio es un pobre hombre.

IGN. No tan pobre: os batísteis y te dió una soberbia estocada.

ROB. ¡Una estocada ridícula! ¡Yo tiro mucho más! Pero en todo caso fué otra torpeza de Mauricio. El, él mismo, á fuerza de torpezas me casó con Teresina. Yo no hice nada: esperar y esperar.

IGN. Es tu sistema: ya te conozco.

ROB. (En tono sarcástico.) *El* mató á disgustos al Barón y se enajenó el amor de Teresina. *El*, declarando que por mis amenazas había desistido de su empeño, mientras yo guardaba silencio modesta y generosamente, me realzó ante los ojos de esa noble criatura. *El*, hiriéndome, despertó en provecho mío la compasión de la mujer. Te digo que á *él*

se lo debo todo. ¡Oh! no lo creerás, pero te juro que me es muy simpático. Si yo supiese que no me guardaba rencor, le invitaría á mis recepciones.

IGN. ¿A ver si continuaba siéndote útil?

ROB. ¡A mí! Ya, no.

IGN. ¡Quién sabe! Y á propósito: ¿ignoras que ha vuelto hace días y que vive muy cerca de esta casa?

ROB. Frente por frente. ¡Es un romántico! (Riendo.) Yo no lo sé; pero adivino por qué ha vuelto.

IGN. Yo no lo adivino.

ROB. Por Madrid corre la voz de que Teresina está muy mala. Que padece accidentes epilépticos, que su razón se perturba.

IGN. (Excitándose.) Pero esas son mentiras infames.

ROB. Locuras, exageraciones, desatinos. Está nerviosa, y nada más. Como está nervioso el Marqués. Como tú empiezas á estarlo. Como todo el mundo.

IGN. Menos tú.

ROB. Menos yo. Pues bien; algún amigo imprudente...

IGN. Acaso algún amigo anónimo.

ROB. Es posible. (Continuando la frase que empezó.) Le había escrito «que Teresina es muy desgraciada, que sufre mucho, que se muere...» ¡qué se yo!... Y él, que es ¡un desdichado! ¡lo abandonó todo para venir á recoger el último suspiro de su Laura! (Riendo.)

IGN. Te oigo, te contemplo, me asomo á las profundidades de tu ser y nunca veo el fin. Dime, ¿qué preparas contra Teresina? (De pronto.)

ROB. ¡Yo! ¿contra ella? ¡Si yo la quiero, si yo la admiro, si yo la respeto! No, sobre esto no permito bromas.

IGN. Haces bien. Porque te advierto, que yo, á pesar de todos mis escepticismos, que gracias á la excitación de mis nervios se han convertido en ternuras, defenderé á Teresina contra tí y contra tus infamias, como si fueses mi mayor enemigo. (Muy excitado.)

ROB. Lo creo y es natural; como que somos amigos desde mi niñez. Por lo demás yo no preparo infamias.

IGN. Lo supongo: te aprovechas de las torpezas que cometen los demás.

ROB. (Encogiéndese de hombros.) ¡Allá ellos!

ESCENA III

ROBERTO, DON IGNACIO, DON ACISCLO, CONCHA y CAROLINA

IGN. Parece que viene gente. (Yendo al fondo.) Sí... Don Acisclo, Carolina y otra señora.

ROB. La suya.

IGN. ¡La de don Acisclo!... ¿Pero está casado?

ROB. Sí: al fin le ha sucedido una cosa vulgar. Se casó. Ahora veremos qué cosas extraordinarias le pasan.

ACIS. Amigo Roberto... (Se dan la mano.)

ROB. Carolina... Conchita...

CAR. Mi buen amigo.

CONCHA Señor de Cárdenas...

ACIS. ¡Ah! ¡Don Ignacio... tanto tiempo!... ¡tanto gusto!... Yo creo que usted no conoce á Concha... ¡Conchita! (Concha se acerca.) Uno de mis mejores amigos: don Ignacio Buendía.

CONCHA Señor de Buendía..

IGN. Es para mi un honor...

CAR. ¿Y Teresina? (A Roberto.)

ROB. Muy buena.

CONCHA (Acercándose.) ¿De veras?

ROB. Sí, señora. Dentro de un momento vendrá.

CAR. Cuídela usted, Roberto: está muy desmejorada. ¡Por Dios, cuídela usted! ¡Vale mucho!

ROB. Hago cuanto puedo. Los mejores médicos la rodean.

IGN. La asedian, dijeras más bien.

ACIS. ¡Ah! las enfermedades nerviosas son rebeldes. Lo sé por experiencia. He sufrido como nadie. Creí que me volvía loco.

IGN. ¡No es posible, don Acisclo!

ACIS. Como usted lo oye. ¿Y á Conchita? A Conchita le ha pasado con los nervios lo que no le ha pasado á nadie.

IGN. (Aparte, muy excitado.) Esto sí que no lo sufro. Que á don Acisclo le *pase* lo que á nadie le *pasó*.. *pase*; pero que su señora goce del mismo privilegio... ¡no lo tolero!

CONCHA No lo crea usted, Roberto, exageraciones de Acisclo. (Riendo.)

CAR. (A Roberto.) ¿Está Teresina todavía en su cuarto?

ROB. En su cuarto... ó con el chiquitín: no le deja ni un momento. Esa sí que es una exageración. Y los médicos aseguran que es peligrosa. Quizá le convendría á Teresina pasar una temporada en el campo.

CAR. (Alarmada.) ¿Sin el niño... y sin usted?

ROB. A ser posible... no lo digo yo, ni quiero pensar en ello.

CAR. No: Teresina no lo consiente.

ROB. Y yo en esto y en todo, me inclino ante su voluntad. Pero, en efecto... tarda mucho. (Toca un timbre: aparece un criado.) Avise usted á la señora. (Al criado: luego vuelve á unirse á Carolina y Concha.) Por lo demás, está muy buena.

CONCHA Y siempre de buen humor. La última vez que la vimos nos hizo reir mucho con sus ocurrencias... con sus excentricidades.

ACIS. ¡Mucho, mucho! Yo no recuerdo haber reído tanto más que otra vez... en otra ocasión... ¿sabes á lo que me refiero, Conchita?

CONCHA Sí; pero á mí eso que dices no me hizo gracia.

IGN. (Conchita tiene talento.)

ACIS. Estos señores juzgarán. (Preparándose á referir algo.)

CONCHA ¡No, Acisclo... por Dios!

IGN. (Conchita es una perla.)

ACIS. Sin embargo...

CONCHA Desengáñate: lo que contó Julián fué más gracioso.

ACIS. ¡Ya!... porque Julián... (A don Ignacio.)

IGN. ¿Quién es Julián?
ACIS. Uno de nuestros primeros literatos.
CONCHA El primero. ¡Lo dice Paco!
ACIS. ¡Ya!... porque Paco...
IGN. ¿Quién es Paco?
ACIS. Nuestro primer crítico.
IGN. (Con cierta brusquedad y mal humor.) ¿Y quién dice que sea nuestro primer crítico?
CONCHA Julián.
IGN. ¡Ya!...
CONCHA Julian habla poco, es verdad. Se reserva mucho. Pero cuando él quiere... ¡es invencible!
ACIS. ¡Invencible!
CAR. Pues no le conocía.
ROB. Esta noche le conocerá usted.
ACIS. No sé si podrá venir... según me dijo, acaso no podrá.
CONCHA A mí me dijo que sí.
CRIADO (Anunciando.) Don Julián Pedreñas.

ESCENA IV

CAROLINA, CONCHA, ROBERTO, DON IGNACIO, DON ACISCLO y JULIÁN

JUL. Señoras... señores... (Inclinándose.) Señor mío. (A Roberto dándole la mano.)
ROB. (Haciendo presentaciones) Permítame usted que le presente... (A Carolina.) Don Julián Pedreñas... Nuestra buena amiga doña Carolina Ibarra.
JUL. Señora mía, tanto honor..
CAR. Tanto gusto...
ROB. Don Ignacio Buendía. (Presentando á don Ignacio y á Julián.)
JUL. Señor mío...
IGN. Señor mío...
JUL. Queridísimo... (A don Aciselo.) Conchita.... ¿Y María Teresa? (A Roberto.)
ROB. Teresita está buena.
JUL. Para mí siempre será María Teresa.

IGN. (A Roberto en voz baja.) Si no se llama más que *Teresa*, no sé por qué ha de ser *María Teresa* para este señor. (Con mal humor.)

ROB. Profundidades del genio.

IGN. O de la imbecilidad.

ROB. (En voz alta.) Ya está aquí Teresina.

ESCENA V

CAROLINA, CONCHA, ROBERTO, DON IGNACIO, DON ACISCLO, JULIÁN, TERESINA; después el MARQUÉS

TER. (Traje de salón.) Yo siempre llego tarde y siempre hago esperar á los amigos. ¿Por qué no me avisaste? (A Roberto.)

ROB. Ya te avisé.

TER. Ahora mismo: hace dos minutos. Saludo á todas y á todos de una vez. (Inclinándose: está nerviosa. Aparte á Carolina.) (En particular sólo Carolina.) (Se saludan y hablan en voz baja.)

ROB. (A Teresina en voz baja.) (Dile algo á Concha.)

TER. (Concha está muy distraída con Julianito.) (En voz baja.) (Carolina y sólo Carolina me quiere de veras.) (Vuelve á hablar con Carolina.)

MARQ. ¿Y yo? (Acercándose á las dos.)

TER. Usted también. ¡Marqués!... (El Marqués la besa la mano.) Usted es un alma leal y un caballero.

MARQ. ¿Verdad? Dirán esto y aquello... Yo digo... Teresina, no tema usted... Yo hidalgo... noble... buena raza.

JUL. (Acercándose al Marqués.) Señor mío... (Dándole la mano.)

MARQ. Señor suyo... obligado... obligado... (Se separa y vuelve á Teresina.)

JUL. (A don Ignacio.) Este Marqués tiene la concisión de Tácito.

IGN. ¿Usted admira á Tácito?

JUL. Para mí y para Paco es el primero de los historiadores *griegos*.

IGN. De los *griegos*, ¿eh? (Con dejo de burla.)

JUL. Sí, señor; él aprisiona en la jaula de hierro de su estilo los monstruos de la Historia.

IGN. Nunca está de más *una jaula* para las fieras. (Se inclina y se aparta.) (Ni para los monos.) (Todos rodean á Teresina.)

CONCHA ¿De veras se siente usted mejor?

TER. Me siento como siempre.

ACIS. No se la ve á usted en ninguna parte.

TER. Caprichos míos. Además, el niño estaba delicado y no quise separarme de él. Me parece que apretándole entre mis brazos, le doy una parte de mi vida. Ya sé que son exageraciones.

JUL. El problema de la exageración tiene muchos aspectos. Uno subjetivo; otro objetivo; y otro tercero subjetivo-objetivo, que no son de este momento. Repetiré meramente, como síntesis, lo que he dicho en uno de mis libros inéditos: «¡Exageración, tienes nombre de mujer!»

CONCHA (Entusiasmada.) ¡Bien! ¡Mucho talento! (Se acerca á Julián y habla en voz baja.)

ACIS. Sí, sí, algo quiere decir; pero no comprendo del todo lo que quiere decir. (A Ignacio.)

IGN. Algo quiere decirle á usted su señora. (Conchita ha venido al lado de Acisclo.)

ACIS. ¡Ah!... perdona.

CONCHA Oye, Acisclo; voy á dar una vuelta por el salón con Julián.

ACIS. Como gustes; y á ver si te explica...

CONCHA Bueno. Hasta luego, querida. (A Teresina. Salen del brazo Concha y Julián por el fondo.)

ACIS. Acompáñeme usted, don Ignacio. ¿Ha visto usted lo que es Julián? ¡Ah!

IGN. Todavía no; pero me lo figuro. (Se dirigen los dos hacia el fondo.)

ACIS. Le conocimos en Biarritz; y nos pasó con Julián á Conchita y á mí una cosa extraordinaria. Lo que jamás nos había pasado; sobre todo á mí.

IGN. Hombre, ¿qué me cuenta usted? (Salen los dos.)

ROB. (A Teresina.) ¿Vienes al salón? Creo que empieza á llegar gente.

TER. Voy á charlar un rato con Carolina. La mucha gente me aturde.

ROB. ¿Pero te sientes bien?

TER. ¿Tienes empeño en que me sienta mal?

ROB. Perdona, fué exceso de interés.

TER. ¡De interés!

ROB. Carolina, cálmela usted. ¿Me acompaña usted, Marqués? Quieren quedarse solas. ¡Marqués, Marqués! (Sonriendo, siempre es impasible.)

MARQ. (Despertando.) ¡Oh!.. yo... ¿Con usted?... ¿Por qué no?... ¡Soy el Marqués... jamás retrocedí! ¡Adiós, Teresina! (Le besa la mano.) Usted me dispensa, ¿verdad? (Por Roberto. Salen los dos.)

ESCENA VI

TERESINA y CAROLINA

CAR. Cuánto deseaba que hablásemos. Hace ocho días que no nos vemos. Yo no he salido.

TER. (Con efusión y cariño.) ¿Por qué? ¿Has estado enferma?

CAR. Nada de importancia. ¿Y tú? (Con afán.)

TER. Yo buena. Como siempre.

CAR. Pues corrieron noticias alarmantes. ¡Si vieras qué inquieta estaba!

TER. Voces que corren ó que hacen correr. Ataques epilépticos. ¡Qué sé yo!

CAR. Como Roberto se interesa tanto por tí... cuando le preguntan cómo estás, pone la cara muy triste, y en voz baja murmura: «No está buena.» (Mirándola fijamente.)

TER. (Sonriendo.) Será lo que tú dices; se interesará demasiado por mí... ó le interesará que esté enferma... ¡para demostrarme su cariño! Por lo visto los maridos son así.

CAR. Pero el tuyo es muy bueno, ¿verdad?

TER. No he conocido más que uno; no sé cómo serán los restantes. ¡Oh! tiene mucho talento y una educación exquisita. Con franqueza, mejor educación que yo. (Riendo.) Yo me exalto, me encolerizo, no sé dominarme.

Por fortuna, Roberto es frío, muy frío; un témpano de hielo, que de cuando en cuando se digna sonreir. Por lo demás, mi salud es buena. Duermo poco, conservo todas mis energías. (Exaltándose.) ¡Puedo luchar, luchar, luchar á muerte! ¡Defender á mi hijo, la única criatura que me sujeta á la vida, cuando me echa los bracitos al cuello! ¡qué débiles y qué fuertes!

CAR. ¿Dices luchar? ¿Pero tú necesitas luchar? ¿Sospechas acaso que tendrás que sostener luchas contra alguien? Habla claro, Teresina. (Cogiéndole las manos con cariño.)

TER. ¿Y tú haces caso de mis palabras? (Riendo nerviosamente.) Digo *luchar*, como diría *reir*... cualquier cosa. Tenía razón don Ignacio: me parezco mucho al Marqués. (Con volubilidad y queriendo hablar de otro asunto.) Y á propósito de don Ignacio, ¡cuánto ha cambiado! Antes me hablaba con ironía, ahora con cariño, y hasta me figuro que se enternece conmigo. ¿Por qué será? Pues del Marqués no digamos; siempre que fija en mí sus ojos pálidos y vagos, observo que se le llenan de lágrimas. Y todos los antiguos amigos, los íntimos... tú misma, en este momento... me mirais de un modo... así, como si os inspirase compasión.

CAR. Teresina, amiga mía, ten confianza en mí. Responde sin fingimento, ni mentiras: ¿eres feliz?

TER. (Con abatimiento y tono sombrío.) ¡No: no lo he sido nunca! Sí... en otro tiempo... lo recuerdo como en sueños... lo fuí.

CAR. Cuando amabas á Mauricio.

TER. ¡Calla! no pronuncies *en esta casa* ese nombre. Hay dos séres en este mundo que son sagrados para mí. Desde que murió mi padre no me quedan más que dos. Mi hijo... y *él*. Mi hijo, porque es mío; él, porque no es mío. ¡El, porque está lejos, muy lejos... y cuanto más lejos, le veo más grande, más noble, más puro! (Acercándose á Carolina y con

cierto misterio.) Rezo todas las noches por mi hijo, para que me viva; y rezo por Mauricio para que sea feliz ¡que no lo será! Por mí no rezo nunca... ¡no valgo la pena!

CAR. ¡Teresina!

TER. ¿Yo que soy? ¡Una mujer desequilibrada! ¡una veleta que gira! ¡un cascabel que cascabelea! ¡Y no hay derecho para molestar á Dios con súplicas y rezos, pidiéndole dichas y alegrías para esta mujer insustancial, para esta veleta caprichosa, para este cascabel de locura!

CAR. ¡Calla! ¡no digas eso! ¿Locura?... ¡No pronuncies esa palabra!

TER. ¿Por qué? ¿porque dicen que estoy loca? ¡Dilo, dilo, si no me asusto! (Cada vez más excitada y en tono de desafío.) ¿Qué más da? ¡No me importa!... ¿Loca?... ¡Pues loca! (Riendo nerviosamente.) ¿Y qué?

CAR. ¡Que á una loca no se la deja cuidar de su hijo: se la separa de él!

TER. (Levantándose de golpe, lanzando un grito terrible.) ¡Ah!... ¡es verdad!... ¡es verdad!... ¡Una loca no puede cuidar de una criatura!... ¡me separían de mi hijo!... ¡Lo pensaba sin pensarlo... de una manera vaga; pero tú le has dado forma!... ¡gracias... gracias! (La abraza y la besa.) ¡Tú me dirás que sea prudente, que tenga juicio... no basta! ¡Roberto quiere, lo que quiere! ¡Pero veremos!... ¡no me conoce!... ¡Ah! ¡tu idea! ¡tu idea! ¡Espera, espera! ¡Voy á ver á mi hijo... no estoy tranquila si no le veo! Espérame aquí: darle un abrazo, un beso y vuelvo. (Sale.)

ESCENA VII

CAROLINA, DON IGNACIO, EL MARQUÉS

IGN. ¿Y Teresina?

CAR. Ha ido un instante á ver al niño; pero viene en seguida.

IGN. Deseo hablar con ella.

CAR. Quiere usted, sin duda, hablarle de nuestras aprensiones, de nuestros recelos.

IGN. Justamente. Y darle consejos, que la pobre bien los necesita.

CAR. Pues yo me anticipé á usted.

IGN. Tanto mejor.

MARQ. ¡Usted, leal! (A don Ignacio dándole las dos manos.) ¡Usted leal! (A Carolina la besa dos veces la mano.) ¡Yo, leal! (Hace un movimiento muy marcado para besarse las manos, pero se detiene.) ¡Ah! ¡no!... ¡aquí!... ¡allá!... yo caballero. (Vuelve á pasear.)

IGN. Dice bien: ¡un caballero!... ¡He oído allá cosas que me han hecho daño! Suponen que Teresina no saldrá á los salones; que está peor... que delira. ¡Y Roberto pone la cara triste!

CAR. ¡Yo no sé quién se complace en extender esas noticias!

MARQ. (Acercándose.) ¡Estanque... piedra... onda... dilata... círculo calumnia! (Vuelve á pasearse.)

IGN. Y el caso es que Teresina está como siempre; acaso nunca estuvo más juiciosa.

MARQ. (Acercándose.) ¡Ah!... ¡ríase!... ¡también dicen que yo!... gracioso, gracioso, ¿verdad? (Vuelve al paseo.)

CAR. Ya viene.

ESCENA VIII

CAROLINA, DON IGNACIO, MARQUÉS, TERESINA

TER. No se ha dormido, ni quiere que le acuesten. Estoy por volverme con él y no entrar esta noche en el salón.

IGN. No haga usted eso. Atienda usted á los consejos de Carolina. Recorra usted los salones; muéstrese amable, risueña, graciosa, como usted sabe... cuando quiere. ¡Importa mucho!

CAR. ¿No recuerdas lo que hablamos antes?

MARQ. ¡Importa!... ¡yo antes en el salón... arriba... abajo... alegre! ¡pues triste!... ¿El brazo? (Ofre-

ciendo el suyo.) y los dos arriba... abajo... ¡Ah! ¡no, perdón!... Brazo, don Ignacio... esto, esta... Conmigo la gente diría: *¡Dios cría!*... ¡perdón! (Quiere decir que la gente que es mala y y burlona, pudiera decir al ver á Teresina con el Marqués, «Dios los cría, y ellos se juntan».)

TER. (Sonriendo.) ¡Gracias! Un alma muy noble.. le comprendo á usted mejor que á los demás. (El Marqués la besa la mano.) Don Ignacio... (Toma el brazo y se dirigen al fondo: al llegar, aparece Roberto. Teresina va del brazo de don Ignacio; Carolina del brazo del Marqués; todos cuatro se detienen al ver á Roberto.)

ESCENA IX

TERESINA, CAROLINA, DON IGNACIO, el MARQUÉS y ROBERTO

ROB. ¿Ibas al salón?

TER. (Al verle pierde toda prudencia y su carácter violento domina.) Sí... pero prefiero que hablemos antes. (Suelta el brazo de don Ignacio.)

ROB. Como tú dispongas. Sin embargo, ten presente que te aguardan con impaciencia.

TER. Luego iré. ¿Ustedes permiten? (A los que la acompañaban.)

CAR. Como tú quieras. Pero Roberto tiene razón: no tardes. (Al oído.) (Ten prudencia.)

IGN. Roberto...

ROB. ¿Qué?

IGN. Que no es cierto lo que decías antes.

ROB. ¿Qué dije?

IGN. Que Teresina no estaba buena esta noche. Te ciega el cariño, querido. La encuentro mejor que nunca.

ROB. Ya lo sé. Era para disculparla.

IGN. ¡Qué torpe soy! ¿Vamos, Carolina?

CAR. (Que habrá estado hablando con Teresina, que no le atiende, coge el brazo de don Ignacio.) Vamos. (Salen los tres, Carolina, don Ignacio y el Marqués.)

MARQ. (Al llegar al fondo, en voz baja á don Ignacio.) ¡Ah...

la memoria! ¿Cómo se dice... esto, esta?... (Indicando en el movimiento una estocada.)

IGN. (Riendo.) Una estocada.

MARQ. ¡Estocada! ¡Ah... muy amable! (Le da la mano. Salen los tres por el fondo.)

ESCENA X

TERESINA y ROBERTO

TER. Quiero hablar contigo.

ROB. Ya te he dicho que como tú dispongas. Pero la conversación será breve, porque nos esperan.

TER. La conversación será larga, aunque nos esperen.

ROB. Sin embargo...

TER. Dispensa. (Interrumpiéndole.) Hemos de tener una conversación solemne y definitiva.

ROB. Este momento no es el más oportuno.

TER. (Excitándose cada vez más.) ¿Y quién sabe? Tal vez piensas lo contrario; quizá te agrada que nuestra conferencia, que acaso sea, no diré borrascosa, pero sí apasionada, tenga, si es preciso, numerosos testigos. (Riendo con risa nerviosa.)

ROB. (Siempre frío, impasible, cortés.) No te comprendo. Pero tú dirás.

TER. Roberto, te conocí, mejor dicho, conocí tu alma á los pocos días de casarnos. Hoy conozco todas las negruras de tu corazón, y al acercarme á tí me retiro con espanto.

ROB. ¡Por Dios, Teresina, no digas eso! Ya sé que no lo piensas. Son los nervios. ¡Cálmate! Vamos, ¿qué quieres? ¿qué deseas? (Con extraordinaria dulzura.)

TER. ¿Sabes que cualquiera que nos oyese pensaría que la razón está de tu parte, que eres un marido cariñoso, complaciente, víctima de mi carácter insufrible y antipático? Mira, esta es una de las cosas que más me excitan.

ROB. No, Teresina, no te excites; yo lo sufriré todo; porque mi afecto es muy profundo.

TER. Tu hipocresía llega verdaderamente á lo sublime; se confunde casi con la verdad. Sin embargo, un hombre á quien se le dice, como yo te digo: (Acercándose á Roberto, hablándole en tono de provocación.) «¡Eres y has sido siempre un infame, un miserable, que jamás me quiso, que lo único que codiciaba era mi riqueza. Te desprecié á los quince días de matrimonio, y hoy te desprecio y te odio!» (Todo esto lo dice como escupiéndoselo al rostro.) Un hombre á quien se le dice todo esto, si es verdaderamente honrado, si no está podrido del todo, se subleva, protesta, ruge, insulta, y si es preciso, golpea. En este caso, la dulzura y la buena educación son incompatibles con la dignidad. (Se acerca á él casi la cara contra la cara: él la mira impasible. Pausa.)

ROB. ¡Deliras, pobrecita mía! ¿Y quién es responsable de lo que dices en el delirio?

TER. ¡Ah, imposible, imposible! Si tienes empeño en volverme loca lo conseguirás. Y hubo un tiempo en que yo creí que era un hombre leal. Y por *éste* ¡rechacé á Mauricio! No te amaba, no te amé nunca, pero pensé que eras digno de estimación. ¡Bien lo pago, justo castigo! ¡Oh, mi entendimiento mezquino, mi cabeza de idiota, mis nervios sin freno, mi orgullo satánico! (Dando muestras de desesperación.)

ROB. ¡Por Dios, cálmate! Dí lo que quieras. Descarga en mí tu enojo. ¿Quieres que llame á Rocanegra?... ¡Sí, pobrecita mía, será lo mejor! (Se levanta y va hacia el fondo.)

TER. ¡Cómo me conoces, cómo sabías lo que iba á suceder! ¡Cómo juegas conmigo, como con un muñeco! Llamas á esos... y ya tenemos un pequeño escándalo, prólogo de un gran escándalo. ¡Y al fin, tu plan, tu plan, que adivino, que sé!

ROB. ¡Mi plan... Teresina! ¿No quieres que le llame? ¡No le llamaré! (Retrocede y se sienta.)

TER. Hay momentos en que te admiro. Eres prodigioso. Lo digo con sinceridad. Me haces dudar de mí misma. (Se queda mirándole.) Eres un malvado que no hace ninguna maldad. Observas impasible las torpezas, las pasiones, las desdichas de los demás, y no sé por qué combinación maravillosa todo concurre á realizar lo que deseas, sin que al parecer tú pongas nada de tu parte.

ROB. Bueno, querida; vienes á confesar que no soy tan malo como decías antes. Un malvado que no hace ninguna maldad, es un malvado que muchas personas honradas envidiarían. (Riendo afectuosamente.) ¡Qué graciosa eres aun en tus extravagancias, Teresina! (Quiere cogerle la mano.)

TER. ¡Aparta!... Yo procuraré tener calma. Recordemos. Yo amaba á Mauricio.

ROB. ¿Sabes que ha venido?

TER. Sí. Alguno para acabar de enloquecerme, le hizo venir.

ROB. ¿Y de eso tengo yo la culpa también?

TER. No estoy segura, pero es muy posible.

ROB. No quiero contradecirte.

TER. Dejemos á Mauricio.

ROB. Dejémosle. Aunque le dejamos en mala situación; porque la noche es fría, y á estas horas, según costumbre, paseará por la acera de enfrente mirando á tus balcones. (Con sonrisa despreciativa.) Vamos, nos esperan.

TER. ¡No! Tú no puedes más que yo y el instinto me dice que los momentos son supremos para mí.

ROB. (Con triste resignación.) ¡Qué desdicha!... Sigue

TER. Nos casamos...

ROB. Y no estoy arrepentido.

TER. (Brutalmente y con desprecio inmenso.) ¡Ya lo creo!

ROB. ¡Teresa! (Con voz colérica y levantándose: luego se deja caer.)

TER. ¡Un sólo relámpago en toda una tempestad!

ROB. Perdona.

TER. Nos casamos y al poco tiempo tuviste queridas. Nadie lo supo más que yo: me guar-

dabas todos los respetos. Eras un perfecto *Gentleman* y fué precisa toda mi habilidad de mujer ociosa...

ROB. ¿Celosa?

TER. No; ociosa... para averiguarlo.

ROB. Si lo negase no me creerías; pero te equivocas. Sigue. (Con triste resignación.)

TER. ¿Para qué? Oye uno de tus rasgos: uno solo. Tenías una querida... (El niega con gesto displicente.) tenías una querida; y un día, que sacaste al niño de paseo... como tú posees una educación perfecta, pero careces de todo sentimiento de delicadeza... llevaste á la criatura á casa de aquella mujer; y aquella mujer para adularte, porque tú con mi dinero pagas bien, acarició al niño, y le regaló dulces ¡y le besó! ¡besó á mi hijo! Es que tú, con todo tu talento, no comprendes que el contacto de los labios de tu manceba y de la frente de mi hijo es algo repugnante, ¡algo que da frío y asco! ¡Si me abofeteases, si me hirieras, aun manchadas tus manos en mi sangre, podría perdonarte; pero aquella profanación no te la perdono! ¡no te la perdono! ¡Perdono un crimen, no la suciedad de un alma!

ROB. No puedo contestarte; te compadezco mucho, Teresina.

TER. ¡Pues vas á compadecerme más! Quieres manejar mi fortuna, y soy para tí un estorbo; te has propuesto hacer que todo el mundo crea que estoy loca, ¡y hay que confesar que yo te ayudo! ¡Pretendes recluirme y separarme de mi hijo! Ese es tu proyecto, que con astucia infernal vas desarrollando; pero á tu astucia opongo mi fiereza. ¿Loca? bueno; ¡pues loca! ¡En guardia, Roberto, que es peligroso luchar con los locos!

ROB. Teresina, ¿no conprendes que tú, á tí misma, te estás enloqueciendo? Tú, que tienes talento, que tienes buen sentido, cuando el arrebato y la pasión no hacen presa en tu cerebro, ¡como en esta noche fatal! ¿no estás

convencida de que por algún tiempo es preciso que no me veas? Me duele en el alma decirlo... pero lo digo por tí... por tu bien... ¡mi presencia te hace mucho daño!

TER. ¿Separarnos... no verte? Aceptado. Pero mi hijo...

ROB. Hazte cargo; ¡en el estado en que te encuentras!... ¿quién asegura que de repente no serás presa de un vértigo?... ¡Ayer me amabas... hoy me odias .. quién puede saber lo que sentirás mañana por la pobre criatura á la que hoy tanto quieres! (Con dulzura y tristeza.)

TER. (Estallando.) ¡Ah!... ¡te vendiste! ¡la traición la tienes preparada!

ROB. (Suplicante.) ¡Teresina!

TER. ¡Sí... prevista y preparada!... ¡A la lucha! (Ya ciega, desatentada.) ¡Venga el escándalo! ¡Llama á esa gente! Tú, le dirás que estoy loca; ¡yo, que eres un infame! ¡Veremos á quién creen! (Acercándose al fondo.)

ROB. (Trayéndola al primer término con dulzura.) Si mis intenciones fueran las que supones, ¡qué ocasión!

TER. Eso te dices á tí mismo, ¡qué ocasión!

ROB. Ya ves que no la aprovecho.

TER. Algo más seguro, más cruel has preparado. De todas maneras no me fío. Haz el favor de dejarme sola; dí á esos señores que estoy enferma, y haz que venga Carolina; verás cómo me calmo.

ROB. ¿De veras?

TER. De veras; ¡pero vete!

ROB. Siempre te obedezco, Teresina. ¿Y luego?

TER. Luego seguiremos nuestra conversación. Pero ahora, ¡por Dios, déjame! ¡Siento que mi cabeza vacila! ¡Déjame... déjame!...

ROB. Como tú quieras, Teresina.

TER. Sí. Vete. (Sale Roberto, volviendo la cara varias veces para mirarla; ella le observa con recelo.)

ESCENA XI

TERESINA. Luego una DONCELLA. Luego CAROLINA

TER. ¡Me da miedo, me da miedo ese hombre! ¡Cuando no aprovecha esta ocasión es que algo prepara, seguro, infalible! ¡Pero eres torpe, imprudente! (Dirigiendose á Roberto en el ademán.) Me das cinco minutos: los aprovecharé. ¡Separarme de mi hijo! ¡Miserable! ¡Y lo ha confesado! ¡Torpe! ¡Y me da un respiro! ¡Imbécil! (Se acerca al timbre y llama nerviosamente.)

DONC. (En la puerta de la derecha.) Señora...

TER. ¿Y el niño?

DONC. Está desveladito: no quiere acostarse.

TER. No le acuestes.

DONC. ¿No?

TER. Digo que no. Ponle un traje fuerte: envuélvele en un abrigo y espera.

DONC. ¿Pero la señora?...

TER No preguntes: obedece.

DONC. Sí, señora. (Va á salir.)

TER. ¡Ah! Aguarda. Tráeme un abrigo y algo para la cabeza.

DONC. Sí, señora. (Sale.)

TER. (Paseándose excitada.) Esto parece que es una locura: pero no lo es. Conozco á Roberto: tengo que anticiparme ó estoy perdida.

DONC. (Con un abrigo y algo para la cabeza.) ¿Esto?

TER. Sí, ayúdame. (Ayudándola la doncella y muy nerviosa se pone el abrigo y se cubre la cabeza.) Vete, pronto, pronto. Prepara al niño.

DONC. (Algo ocurre.) (Sale.)

CAR. (Por el fondo apresuradamente.) ¡Teresina!

TER. (Hace un movimiento de espanto porque crée que es Roberto y ahoga un grito.) ¡Ah! ¿Eres tú?

CAR. ¿Pero qué es esto? (Asustada al verla.)

TER. ¡Calla! ¡Silencio! ¡Dame un abrazo!

CAR. ¿A dónde vas? Responde.

TER. ¡Huyo... huyo de esta casa! ¡Me pongo en salvo... me llevo á mi hijo!

CAR. (Deteniéndola.) ¿Te has vuelto loca? ¿Será verdad lo que decía Roberto?

TER. ¡Loca! ¡Eso quisiera él! Por eso me voy antes de que me coja en la trampa... ¡Déjame!

CAR. ¡No... no te dejaré! ¿A dónde pensabas ir, desdichada?

TER. Por el pronto me ocultaré en cualquier parte: luego huiré al extranjero, á Londres, por ejemplo, donde tengo fondos á mi nombre, y desde allí pleitearé con Roberto. ¡No estoy tan loca como suponen! ¡Rompo la red, que si no me aprieta! ¡Rompo el lazo, que si no me ahoga! Y aparta, y no me hagas perder más tiempo. (Separa á Carolina y va hacia la derecha. Carolina la sigue casi luchando con ella.)

CAR. ¿Y tu reputación?

TER. ¿Qué me importa? Defiendo á mi hijo, que vale más.

CAR. ¡Un momento... reflexiona! ¡Pide consejo! ¡Llamaré á don Ignacio!

TER. ¡A buena hora!

DONC. (A la puerta de la derecha.) Ya está el niño.

TER. Allá voy. (Le hace salir con un ademán.)

CAR. ¡Escúchame!

TER. (Con violencia extrema.) ¿Quieres hacerme traición? ¿Eres una mala amiga? ¿Te vendiste á Roberto?

CAR. (Soltándola.) ¡Yo!

TER. ¡Perdona! ¡Estoy loca! ¡Ahora sí, ahora sí que estoy loca! Adiós, adiós, Carolina. (La besa y sale.)

CAR. ¡Ay, Dios mío! Pobre Teresina... ¿Debo detenerla? ¡No, sería entregarla á Roberto! ¿Quién sabe? ¡Acaso lo que hace es lo mejor!

ESCENA XII

CAROLINA, DON IGNACIO. Luego ROBERTO y DON ACISCLO

IGN. ¿Y Teresina? Pero, ¿qué tiene usted? ¡Está usted agitadísima!

CAR. ¡Ay, don Ignacio, qué desventura! ¡Si no sé cómo decirle á usted...

IGN. Pero, ¿qué pasa? ¿Dónde está Teresina? Hay que prevenirla: ¡Roberto prepara algo!

CAR. Entonces hizo bien.

IGN. ¿Qué hizo? explíquese usted.

CAR. Teresina ya no está aquí. Se fué. ¡Abandonó la casa, se llevó á su hijo!

IGN. ¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¿Que huyó con su hijo?

CAR. Justamente.

IGN. ¿Pero á dónde ha ido?

CAR. Yo... no lo sé... (Vacilando.)

IGN. Yo sí: se pondrá bajo el amparo de la ley. Fué una resolución heróica, pero salvadora. Yo no se lo hubiera aconsejado... pero me alegro. ¡Ah! (Al ver entrar á Roberto.)

ROB. Venga usted, don Acisclo: quiero que usted también vea á mi pobre Teresina, y que todos ustedes me aconsejen.

ACIS. Siempre me tiene usted á su disposición. Por algo soy su amigo.

ROB. Ustedes tres y si es preciso el Doctor, serán para mí como un consejo de familia. (Pausa.) Y Teresina, ¿dónde está? ¿No lo saben ustedes? Estará en sus habitaciones. (Se dirige á la derecha, pero don Ignacio le cierra el paso.)

IGN. No está en su habitación.

ROB. ¡Ah! ¿Tú lo sabes? Entonces estará con el niño. Voy á buscarla.

CAR. (Interponiéndose.) Es inútil que vaya usted.

ROB. No lo comprendo. ¿Ocurre algo?

CAR. Sí, señor.

ROB. ¿Quiere usted explicarse claramente?

CAR. Yo... en verdad... no puedo... he llegado hace un momento. Por lo visto ha sido una resolución repentina.

ROB. ¿Pero qué resolución?

ACIS. ¿Algo grave?

IGN. ¡Qué demonio! Al fin has de saberlo: y para dar malas noticias estamos los amigos.

ROB. Pues acaba.

IGN. Teresina no está ya en tu poder.

ROB. ¿Qué dices? ¿Que Teresina?... Vamos, dilo de una vez. (En toda esta escena Roberto fingirá más inquietud, más alarma de la que siente.)

IGN. Claro y breve. Teresina temía que la separases de su hijo para encerrarla en una *casa de salud* y ha huido con el niño. ¡Ea!... ¡ya lo sabes!

ROB. ¡Que Teresina ha huído! ¿Pero cómo? ¡Eso no es verdad!

CAR. Sí, amigo mío: resignación.

IGN. Sí, mi querido Roberto: valor.

ACIS. Suceso extraordinario. ¡Otro más!

ROB. ¿Y eso es posible? ¿Y están ustedes seguros? ¿A dónde?... ¿A dónde ha ido? (Fingiendo mucha agitación.)

IGN. A punto fijo no lo sabemos. Llegamos cuando ya no estaba. Sin duda habrá ido á poneres al amparo de los tribunales.

ROB. ¡Qué delirio!... ¡Qué locura!... ¡Pobre Teresina! ¡Qué desdicha! (Se deja caer en una butaca y se cubre el rostro con las manos.)

IGN. Locura, no. Miedo, sí. Desdicha, ciertamente.

ROB. (Levantándose.) Calma: ¡mucha calma! La desgracia no es irreparable. ¡Pobre criatura! Créanme ustedes: yo la salvaré. (Se pasea silencioso.)

IGN. (A Carolina.) Dios me perdone; pero sospecho que se alegra.

CAR. (A don Ignacio.) Y yo.

IGN. ¿Imagina usted que está abrumado bajo el peso del dolor? Mentira. Está pensando friamente en el partido que podrá sacar de la imprudencia de esa pobre mujer.

ACIS. (Acercándose á Carolina y don Ignacio.) ¡Qué sangre fría tiene Roberto! Como yo en los lances apurados.

ROB. (Parándose de pronto.) ¿Son ustedes mis amigos?

ACIS. ¿Quién lo duda? (Carolina y don Ignacio se inclinan silenciosos ó hacen un ademán cualquiera.)

ROB. Pues me ayudarán á salvar á Teresina.

ACIS. Con alma y vida.

CAR. Por Teresina, todo.

IGN. ¡Todo!

ROB. Lo primero es evitar el escándalo. (Todos asienten.) ¡Evitarlo á todo trance! Ustedes salen y esparcen por los salones la noticia de que Teresina ha sufrido un grave accidente y hacen que pase Rocanegra á mi despacho. Agregan que yo no puedo separarme de mi mujer... ¿comprenden ustedes?... y que les ruego á todos que me dispensen. Con lo cual se retirarán.

IGN. Eso está bien.

CAR. Claro.

ACIS. Bien pensado. ¡Oh, mucha sangre fría! (Todo esto rápido.)

ROB. Yo voy á salir en busca de esa criatura desdichada. Créanme ustedes, necesito mucha fuerza de voluntad para coordinar mis ideas. Usted, Carolina, tenga la bondad de acompañar á Concha. Y tú, Ignacio, y usted don Acisclo, vienen conmigo. ¿No es esto?

ACIS. Me tiene usted incondicionalmente á sus órdenes.

ROB. Pues á no perder ni un miñuto.

CAR. Sí, vamos. (Carolina y don Acisclo van hacia el fondo.)

IGN. (A Roberto.) (¿No temes la locuacidad de don Acisclo?)

ROB. (¡Qué remedio! ¡Al fin ha de saberse!)

IGN. Ya... (Aparte.) (Con eso cuentas.) (En voz alta.) Vamos... Y mucha prudencia, don Acisclo.

CAR. ¡Sí... por Dios!

ACIS. ¡Por Dios! (Salen.)

ESCENA XIII

ROBERTO; luego un CRIADO; luego la DONCELLA

ROB. ¡Teresina!... ¡Es admirable!... ¡Cuánta energía!... Si tuviese tanta prudencia como energía, luchar con ella sería peligroso. (Toca el timbre de la izquierda. Se presenta un Criado.) Al momento que enganchen. Llevaré la berli-

na. Pronto: cinco minutos. (El Criado sale.) ¿Dónde la encontraré? (Toca el timbre de la derecha.)

DONC. ¿Ha llamado el señor?

ROB. Sí. La señora...

DONC. ¿Pero el señor no sabe?...

ROB. Sí: ya sé que ha salido.

DONC. Con el niño.

ROB. Con el niño: también lo sé. Voy á buscarla; volveremos quizá tarde. Espérenos usted en la puerta de la escalerilla; y Juan abajo.

DONC. Sí, señor. (Sale.)

ROB. ¿Qué más? (Procurando recordar. Después va al fondo y entreabre la puerta.) Ya se van retirando. Mejor es así. Todo escándalo tiene un fondo de grosería que me molesta. (Toca el timbre de la izquierda.)

CRIADO ¡Señor!

ROB. Cuando se retiren todos, apagan ustedes las luces de los salones, y la servidumbre puede recogerse. Basta que me espere Juan.

CRIADO Sí, señor.

ROB. ¿Y la berlina?

CRIADO Están acabando de enganchar.

ROB. El abrigo y el sombrero. (El Criado sale.) Ya no hay más que hacer. Cuando vengan Ignacio y don Aciscio, nos vamos los tres. Y á la gracia de Dios. (El Criado entra y pone sobre una silla el abrigo y el sombrero.) Retírese usted. (El Criado sale. Roberto vuelve á asomarse al fondo.) Ya no queda casi nadie. (Paseando.) Me contagié. ¿Pues no estoy nervioso? Mala señal; me voy haciendo viejo.

DONC. (Agitada.) ¡Señor, señor!

ROB. ¿Qué?

DONC. ¡Ha vuelto!

ROB. ¿Quién?

DONC. ¡La señora con el niño!

ROB. ¡Ah!... ¡ella!... ¡Teresina!

DONC. Pero no viene sola; le acompaña un caballero.

ROB. (Dominándose y sonriendo.) Sí... bueno... ya sé. Entonces no tengo que salir. Que pasen.

¡Ah! que busquen por los salones á don Ignacio y á don Acisclo y que me esperen en mi despacho.

DONC. Al momento. (Este señor parece de piedra; no se sorprende de nada.) (Sale.)

ROB. Lance extraño, como diría don Acisclo.

ESCENA XIV

ROBERTO, TERESINA y MAURICIO

ROB. ¡Teresina! (Yendo hacia ella.) ¡Ah!... ¡Mauricio!

MAUR. (Deteniéndose.) Sí... ella... ¡y yo!

TER. (A Mauricio.) Espera. (A Roberto.) Oye. Conocía tus planes; tuve miedo. Fuí á buscar á Mauricio, como hubiera ido á buscar á mi padre. Le pedí amparo. Pero Mauricio es el de siempre: honrado, como siempre; implacable, como siempre; torpe, como siempre. A pura honradez y delicadeza acabará por matarme, como mató á mi padre. Me habló de mi honra, y á la fuerza me trajo y me entrega á tí. (Con sarcasmo.) ¡Sublime!... ¡sublime!

ROB. Mil gracias, Mauricio.

MAUR. No; no me dé usted gracias. No vengo á entregársela á usted estúpida y cobardemente. Vengo atropellando todo, sin respeto á nada. ¡Ah! ¿quiere usted encerrarla en una casa de locos? Pues vengo á defenderla. Y yo sí que vengo loco. ¡Enciérreme usted si puede!

ROB. Por Dios, Mauricio...

MAUR. No hay Dios que valga. ¿Encerrarla á ella, á mi Teresina como loca? ¡Ya veremos! ¡Yo la defiendo! ¡De todas maneras! ¡Buenas ó malas! ¡Rectas ó torcidas! ¡De frente ó á traición! ¡Con el puñal ó con la espada! No, Roberto; usted no me conoce, ni me conozco yo. No soy aquel Mauricio. Soy otro Roberto. Por Teresina soy yo capaz de cambiar mi alma de caballero por la tuya de rufián.

ROB. Ah... ¡Basta!

MAUR. Eso. ¡Basta! (Van á precipitarse uno contra otro; Teresina se pone entre los dos.)

TER. ¡Así, así!... ¡como yo! ¡Al fin eres como yo! (A Mauricio.) Por haberle oído todo eso que ha dicho, te perdono todo el mal que me has hecho. (A Roberto.)

ROB. ¿No comprendéis que todo tiene un límite? Pues yo he llegado á ese límite.

TER. (Con una carcajada.) Al fin ha llegado.

MAUR Ha llegado.

ROB. Si dentro de cinco minutos no sale usted de esta casa, haré que le arrojen los criados, ó le arojaré yo.

MAUR. Si dentro de cinco minutos no tengo pruebas claras, evidentes, de que renuncia usted á sus planes y de que Teresina no peligra, yo no sé lo que haré con usted, pero sospecho que don Roberto Cárdenas no va á terminar sus heróicas hazañas.

ROB. Ya lo sabe usted, cinco minutos: cuéntalos, Teresina.

MAUR. Sí, cuéntalos, que yo voy á emplearlos en llamarle infame, cobarde, villano. Cuenta, cuenta las veces que en cinco minutos puedo llamarle ¡cobarde... cobarde... cobarde! Cuenta, cuenta. ¡Infame... infame... cobarde! (Roberto se revuelve sin ser ya dueño de sí y lanzando exclamaciones que no puede contener: «¡Ah! ¡Basta! .. que no me contengo.» Mauricio sigue escupiendo insultos: «¡Cobarde, infame, cobarde, infame!»)

TER. (Como loca.) ¡Deprisa, deprisa, que se acaban los cinco minutos y no has dicho bastante!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La escena representa un pabellón abierto por el fondo. Detrás del rompimiento se ve un esplendido parque. En el centro de éste corre una calle, lo más larga posible y practicable. Se supone que termina en un muelle ó embarcadero. Después, el mar. Es la caída de la tarde Al final del acto, noche de luna.

ESCENA PRIMERA

CONCHA, una DONCELLA; luego DON ACISCLO; después DON IGNACIO. Todos llevan en este acto, menos Mauricio, el traje propio para viajar por mar

CONCHA — Téngalo usted todo dispuesto, y á la primera campanada, bajen ustedes lo que ha de ir en el camarote. ¿Comprende usted?

DONC. — Sí, señora.

CONCHA — ¡Ah!... Y se espera usted en el muelle hasta que yo baje.

DONC. — Pierda usted cuidado, señora. Salen ustedes con muy buen tiempo.

CONCHA — No: yo en el mar no me mareo.

DONC. — (Aparte.) En tierra algunas veces. (Alto.) Pues voy á disponerlo todo. (Sale la Doncella.)

ACIS. — (Se deja caer en una butaca.) No puedo con los viajes: estoy rendido.

CONCHA — No: no te sientes. (Se levanta don Acisclo.) ¿Julián no ha venido?

ACIS. Creo que no. Pero vendrá. Teresina le invitó. Como tú te empeñaste...

CONCHA Más te empeñaste tú.

ACIS. ¿Lo creerás, Conchita? es la primera vez que doy la vuelta al Mediterráneo. He dado muchas vueltas en esta vida; una vez dí una vuelta en una diligencia que volcó, pero como esta, ¡ninguna!

CONCHA ¡La pobre Teresina necesita distraerse, fatigar sus nervios, olvidar!

ACIS. Hace año y medio: ¡pobre Roberto!... ¿quién hubiera pensado?

CONCHA ¿Crees tú que faltará Julián?

ACIS. Yo creo que no. Julián no falta nunca á donde dan bien de comer. Y en el *yacht* el trato será de primera.

CONCHA Anda, espérale... y cuando llegue, le llevas á nuestro cuarto para que se arregle. Ya sabes, al ponerse el sol... á la tercer campanada... todos reunidos, á las lanchas y al *yacht*. Tú verás que cosas dice Julián:

¡*Vorrei morir cuando tramonta il sol*!

(Si es posible cantando.)

ACIS. No, dispensa... yo no quiero morir aunque *tramonte* el sol.

CONCHA (Asomándose) ¿No ha parado un coche en la puerta del parque?

ACIS. (Asomándose también) Sí... ha parado.

CONCHA ¿Será él?

ACIS. Espera.. no... es otro... es don Ignacio. ¿También nos acompaña?

IGN. (A un Criado que se supone que está dentro.) No moleste usted á la señora: yo esperaré paseando por el parque. (Se adelanta.) ¡Ah!... ¡Conchita!

CONCHA ¡Don Ignacio! (Se dan las manos.)

IGN. Amigo don Acisclo...

ACIS. Mi querido amigo... ¿conque vamos á contornear juntos el mar de la civilización?

IGN. Eso parece.... Dicen que me convendrá mucho.

ACIS. Pues yo con su permiso voy á esperar á Julián.

IGN. ¡Ah! ¿También contornea?... Cuénteme usted...

ACIS. No puedo... pregúnteselo usted á Conchita.. ella le explicará... Hasta luego. (Saliendo.)

IGN. Hasta luego.

ESCENA II

CONCHA y DON IGNACIO

IGN. Perdone usted... (Sentándose.) Estoy rendido.

CONCHA Pues el viaje es cómodo: desde la estación...

IGN. Muy cómodo; pero yo soy *una ruina* y si las ruinas viajasen se desharían en cascote: que es lo que á mí me sucede.

CONCHA ¿Pero no está usted mejor?

IGN. ¡Calle usted, señora! ¡Peor cada vez! Y de un humor... no me sufro á mí mismo.

CONCHA En este viaje se pone usté bueno.

IGN. En fin, allá veremos. ¿Somos muchos?

CONCHA Muchos. ¡Teresina tiene unas ideas tan originales! En primer lugar sus antiguos amigos: eso está bien. Pero luego ha ido escogiendo los tipos más raros, más extravagantes, algunos hasta siniestros, como dice el Marqués... Todos de buena sociedad por decontado, pero una verdadera *corte de la Locura*.

IGN. ¿Y por qué hace eso?

CONCHA Para aturdirse, para olvidar, para concluir de volverse loca: ¡vaya usted á saberlo!

IGN. Pero en fin, ¿se ha consolado?

CONCHA Ya sabe usted que el desconsuelo no había sido grande; porque está usted en el secreto como yo.

IGN. ¿Qué secreto?

CONCHA Ella y Roberto... vamos, no congeniaban.

IGN. Ya... Sin embargo, Teresina le ha guardado luto...

CONCHA ¡No faltaba más! Año y medio se ha pasado en esta *villa* encerrada con su hijo, sin ver á nadie... ¡á nadie! Y de pronto ha desper-

tado con la idea de esta expedición deliciosa, pero extravagante.

IGN. Será lo que usted dice: querrá aturdirse.

CONCHA Puede ser. El Marqués ha tenido una idea original. (Riendo.) Nos ha costado más de ocho días comprenderla. Al fin, entre Julián y otro joven muy listo.. no tanto como Julián, pero muy listo... se llama Arturo... han interpretado la idea del Marqués.

IGN. ¿Y qué idea es esa?

CONCHA ¡Julián dice que es una *idea bíblica!*

IGN. ¡Bíblica!

CONCHA Sí, señor. ¿No fué Noé el que construyó un *arca* enorme cuando el diluvio?

IGN. Justamente.

CONCHA ¿No llevó Noé al arca una pareja de cada especie de animales? Pues Teresina nos lleva á nosotros al *yatch.*

IGN. ¡Poco á poco! (Protestando.) yo no soy un animal... ¡Y usted menos!

CONCHA (Riendo.) Nosotros somos la familia de Noé, y estamos fuera de juego.

IGN. El viaje famoso me va pareciendo muy triste.

CONCHA O muy divertido. Teresina se ha empeñado en que venga con nosotros un señor De Pedro, que fué el hombre de confianza del Barón, para que le explique durante la travesía cómo su padre ganó tantos millones.

IGN. ¡Qué criatura! ¡Qué cosas discurre!

CONCHA Ella es capaz de todo ¿Usted recuerda bien lo que hizo aquella noche? Pues se afirma que al otro día se batieron á muerte Roberto y Mauricio... aunque no murió ninguno.

IGN. Se dan casos.

CONCHA El caso fué que Teresina vino á vivir aquí con su hijo y Roberto emprendió un viaje muy largo: una separación amistosa.

IGN. Ya lo sé

CONCHA Lo que no se comprende es por qué Roberto vino de pronto.

IGN. Porque se cansó de viajar.

CONCHA O porque se le acabó el dinero.

IGN. Vaya usted á averiguar la verdad.

CONCHA Ello es que el mismo día en que llegó, ocurrió la catástrofe.

IGN. También lo he oído.

ESCENA III

CONCHA, DON IGNACIO, el MARQUÉS y DON ACISCLO

MARQ. ¡Yo dispuesto!... ¡A babor, á estribor!... ¡Yo marino! ¡Ah, don Ignacio! (Arrastrando los pies, pero contoneándose como si estuviera embarcado.)

IGN. Mi querido Marqués... cada día más firme. (Le da la mano.)

MARQ. ¡Torre Pisa... tuerce... no cae! Buena argamasa, ¿verdad? Usted, pálido... Agua salobre... viento... ¡Al fin, usted estará como yo! (Le vuelve á dar la mano.) ¡Apriete! (Riendo.)

ACIS. (Entrando de prisa.) ¡Concha... Concha... ya le tenemos!

CONCHA ¿Ha venido Julián?

ACIS. Ahora mismo.

CONCHA ¿Viene bueno?

ACIS. Algo fatigado.

CONCHA ¡Pobrecito! Dispensen ustedes, voy á ver si necesita algo.

ACIS. Sí, vamos allá... ¿Tú no sabes lo que le ha pasado en el camino? Una cosa extraordinaria, ¡extraordinaria!

CONCHA ¿Más que á ti?

ACIS. ¡Más que á mí! (Salen hablando y riendo marido y mujer.)

IGN. Más que á don Acisclo... ¡No es posible! Ya me han dicho que ha tenido usted ideas originales á propósito de esta expedición.

MARQ. ¡Ah... sí, pensé... esto, aquello! ¡Se reían, se reían! ¡Barco supremo... cargamento pintoresco!... ¿verdad?... ¡gorro, cascabeles, cetro, sonajero!... ¡Máscaras, mascarillas... mascarones!... ¡Gracioso!... ¡Mueca, avaricia, De Pedro!... ¡Ah; sí, sí... (Riendo.) esto, esta, *ese*! A mí hace tres años... tres mil duros... bom-

ba absorbente, treinta mil... ¡pajarraco!... ¡va por el parque! (Mirando hacia el parque.) yo, rifle... ¡Marqués de caza!... (Va á salir, se encuentra con Carolina, la detiene y la besa la mano.) ¡Ah!.. ¡Perdón!... ¡Marqués de caza!... ¡pajarraco!... Si no acierto... barco, chapuzón... tiburones simpáticos... ¡apetito carne usurero! ¡Ah, gracioso! (Sale por el parque arrastrando los pies, pero como si fuera con un rifle, de caza: se le oye reir.)

IGN. Cada vez le entiendo mejor al Marqués. Decididamente voy siendo de los suyos. (Carolina, que se ha detenido un momento siguiendo al Marqués con la vista, viene al primer término.)

ESCENA IV

DON IGNACIO y CAROLINA

CAR. ¡Don Ignacio!

IGN. ¡Carolina!

CAR. ¡Ya le tenemos con nosotros!... Será usted de los nuestros, *¿verdad?* (A todos se les ha pegado la muletilla del Marqués.)

IGN. A eso vengo; ¡á embarcarme con ustedes y sea lo que Dios quiera! ¿Y Teresina?

CAR. Ahora viene.

IGN. ¿Y cómo se siente de salud?

CAR. No lo sé. Ella no lo dice. A mí no me gusta. ¡Pobrecita mía, ha sido muy desgraciada!

IGN. ¿Pero no se consuela con su hijo?

CAR. Eso es lo más extraño. No, su hijo no la consuela. Le quiere mucho; pero así... ¡con rabia, con desesperación! Le abraza y le besa hasta que le hace llorar... y de pronto le rechaza... ¡Dios me perdone! debe de ser ilusión mía... ¡pero creo que le rechaza con horror! Yo creo que ha inventado este viaje para separarse de él.

IGN. ¿Pero le deja aquí?

CAR. No sé. No quiere hablar de eso. Yo creo que le deja con la institutriz.

IGN ¡Por Dios!... ¡yo me confundo!... ¡Se ha vuelto loca y es capaz de volvernos locos á todos los que vamos con ella!

CAR. Eso dice. ¿Sabe usted como le llama al *yacht? Manicomio flotante.*

IGN. ¡Pues no hay duda que para arreglar mis nervios he escogido buena compañía!

CAR. ¡Ya lo creo! Como que nos vamos á divertir mucho.

IGN. ¿Sabe usted lo que tiene Teresina? Voy á decírselo á usted. ¡Que han vuelto á reverdecer sus amores por Mauricio!

CAR. Puede ser... pero no, no es eso. Además hay otra cosa; otra cosa. No sé cual; pero hay algo. Yo tengo *buenos ojos para ver.*

IGN. ¡Y para ser vistos! (Acercándose.) ¡Admirables! (Animándose.)

CAR. (Riendo.) ¡Don Ignacio!... Hablemos de Mauricio.

IGN. ¿No ha venido?

CAR. No.

IGN. ¿No le ha invitado Teresina?

CAR. Creo que no. Pero es tan reservada que no lo sé á punto fijo. ¡Ah! ¡Ya está aquí! Voy á ultimar mis preparativos. Adiós... Prepárese para dar la vuelta al Mediterráneo. (Sale riendo.)

IGN. Es muy buena y muy simpática. Desde que estoy enfermo me parecen más simpáticas las mujeres. (Aparece Teresina.) ¡Teresina!

ESCENA V

DON IGNACIO, TERESINA

TER. ¡Don Ignacio! (Se abrazan.)

IGN. Sí, abráceme usted, Teresina... ya no puedo representar más que papeles de padre... *padre noble,* como antes se decía.

TER. Muy noble, sí. (Fingiendo alegría y ligereza.) Va usted mejorando mucho con los años. Hace

seis ó siete era usted hasta antipático; pero todo cambia con el tiempo. ¿Vendrá usted resuelto á seguirme?

IGN. Hasta el fin del mundo

TER. No vamos tan lejos. El mundo es muy grande. El Mediterráneo se acomoda más á nuestros mezquinos alientos. Soy un ser ruín, me he convencido. Me basta con un mar chiquito y aún puede ser que me asuste.

IGN. ¡Pues usted antes era valiente!

TER. Ya no lo soy. Voy á la punta del muelle y me da miedo. Y al Marqués también. Es la única persona de sentido común que llevaremos á bordo.

IGN. ¡Pues buenos estaremos los demás!

TER. Anoche, ya muy tarde, estaba yo... yo sola... en ese muelle en que vamos á tomar las lanchas. Había luna: luna llena; pero muy pálida, muy pálida y rodeada de nubarrones obscuros. ¡Parecía la cabeza de un muerto, apoyada sobre almohadones de terciopelo negro! ¡Así estaba la cabeza de Roberto cuando le pusieron en la capilla ardiente sobre el paño mortuorio!... Negro... paño negro... la muerte pide ese color: ¿verdad?... ¿verdad?... ¡Ah! la muletilla del Marqués. (Lanza una carcajada estridente.) ¡La verdad!... ¡lo que da más miedo!

IGN. ¿Y qué ocurrió?

TER. ¿Ocurrir? Nada. ¿Crée usted que yo soy como don Acisclo, á quien á cada rato le ocurre algo extraordinario? A mí nada; nada: ni la más sencilla tragedia. Mi vida se compone de sucesos vulgarísimos. Una novia que riñe con su novio... (Se ríe.) una mujer que riñe con su marido... (Se ríe, pero menos.) y que luego se queda viuda... y se acabó.

IGN. (Algo nervioso.) Pues yo creía que no. Que le habían pasado á usted cosas muy tristes... ¡por lo menos muy tristes!

TER. (Excitada y cogiéndole por un brazo.) ¡A mí!... ¿qué dice usted?... ¿qué imagina usted que me ha ocurrido?

IGN. ¡Teresina, por Dios!

TER. ¡Pobre don Ignacio! ¡Voy á acabar de desquiciarle á usted los nervios! (Riendo mucho.) ¡Cosas tristes! ¡Pero si no hay cosas tristes ni cosas alegres! ¡Todo es mezquino, vulgar, ridículo! ¡Se asoma usted á ese mar: ve usted *una ola* enorme, amenazadora! ¡Parece que va á tragarse el mundo! ¡No se traga nada! Al día siguiente vuelve usted: ¡ya no hay tal ola!... ¡Una charca!... ¡Así fué Roberto! Parecía que á todos, á todos, nos iba á tragar, y hoy menos que *una charca*: un poco de tierra. Lo que tiene el agua del mar es que siempre es amarga: la he probado y todavía siento el amargor. (Con tono sombrío y algo pensativa.)

IGN. ¿Cuándo la ha probado usted? ¿Esa noche que decía usted antes?

TER. Sí, tambien esa noche. El mar estaba revuelto, me salpicaba y sus espumas llegaban á mis labios. Era una noche muy siniestra. Sobre el mar había vapores flotantes: parecian fantasmas. Pensando en estas cosas estaba yo, cuando ¡*me pusieron una mano en el hombro*!... ¡Dí un grito! ¡un grito de espanto!... me volví ¡y era el Marqués! ¡Mire usted que causar espanto el pobre Marqués! Esto solo á Teresina le ocurre. Pues atienda usted: el Marqués me dijo una cosa muy profunda: «En el mar... ¡cuántos muertos!» Una vulgaridad... ¡Pues me estremecí! ¡Y todavía me estremezco! (Coge un abrigo que dejó en una silla y se envuelve tiritando.)

IGN. Me va usted quitando las ganas de embarcarme.

TER. No haga usted caso... ¡Ea! Hablemos de cosas alegres. (Se separa de don Ignacio, va al fondo y mira hacia donde se supone que está la puerta del parque. Luego vuelve.)

IGN. Tiene usted razón. Hablemos de su hijo de usted.

TER. Y eso, ¿crée usted que es hablar de cosas alegres?

IGN. ¿Cómo es eso? ¡Usted decía que era un pedazo de cielo!

TER. Y lo es; pero el cielo no siempre está alegre. (Vuelve á separarse y á mirar como antes. Está cada vez más impaciente: ya durante esta escena volvió algunas veces la cabeza hacia el mismo sitio.)

IGN. (Acercándose y en voz baja y triste.) ¿Le quiere usted menos que antes?

TER. (Con pasión.) ¡Menos! ¡Mil veces más! ¡Con angustia, con rabia, con desesperación!

IGN. ¡Desesperación! ¿Por qué?

TER. ¿Por qué?... Porque sí... ¡Por muchas cosas! Hijo de aquel hombre y de mi... ¿qué será esa criatura?

IGN. ¡Lo único que quiere usted en este mundo!

TER. (Con asombro.) Quiero á los que siempre quise, á él y á Mauricio. *El*, mi ternura. *Mauricio*, mi fé. Si todavía creo en el bien, es porque creo en Mauricio.

IGN. Ya. (Pausa.) ¡Y se marcha usted sin verle, cuando sabe Dios lo que tardaremos en volver!

TER. No: le veré antes.

IGN. ¿Vendrá?

TER. Sí: muy pronto, muy pronto.

IGN. ¿Y si no llega?

TER. De todas maneras no me marcharé sin verle. Suspendería el viaje. ¿Oiga usted?... ¿no ha parado un carruaje? (Se inmuta y tiembla de emoción.)

IGN. Creo que sí. (Se va al fondo á mirar.)

TER. Sí: ¡es él! (Apoya las dos manos sobre el corazón y vacila.)

IGN. ¿Se pone usted mala, Teresina? (Acudiendo á ella.)

TER. No... gracias... ya pasó... tengo mucha fuerza de voluntad.

CRIADO (Con una tarjeta.)

TER. (Arrebatando la tarjeta.) ¡Sí... él! (A don Ignacio.) Le dice, le dice usted á ese caballero (Al Criado.) que pase... que venga. Después conduce usted á don Ignacio á su habitación... Espere usted... Luego cierra usted esas puertas,

(Izquierda y derecha.) de modo que los demás señores salgan al parque por las puertas de las dos galerías. ¿Comprende usted?

CRIADO Sí, señora. (Sale el Criado que ya no vuelve: se supone que cierra las puertas por fuera.)

IGN. Voy á saludar á Mauricio... hasta luego, Teresina. (Sale don Ignacio por donde salió el Criado.)

ESCENA VI

TERESINA, después MAURICIO

TER. El instante decisivo de mi existencia. Lo que suceda después, ¿qué me importa? (Va al fondo y mira hacia la puerta del parque.) ¡Por allí viene! ¡Dios mío!... Don Ignacio le sale al encuentro... ¡Se abrazan!... El está impaciente por venir... ¡Don Ignacio, como buen viejo, es de plomo!... ¡Bueno, basta!... ¡Gracias á Dios!... ¡Ya viene! (Se dirige al proscenio vacilando.)

MAUR. ¡Teresina!

TER. ¡Mauricio! (Se acercan, se dan las dos manos, luego se abrazan: ella rompe á llorar.)

MAUR. ¡Teresina!... ¡Teresina!... ¿Qué tienes?... ¿Qué tienes, mi Teresina? (Ella vacila, la trae á un sofá y le ayuda á sentarse.)

TER. ¡Nada... un ligero desvanecimiento!... Cada vez valgo menos. Pues hace ocho días que estoy pensando en este momento... y preparándome. ¡Y al verte, me sentí morir! No te asustes.

MAUR. ¡No hables de morir, Teresina! Hablemos como en otro tiempo. Como si no hubiera pasado nada. ¡*Soñemos* como soñábamos! Ya *despertaremos* cuando tú quieras. Me dices: «Basta, á despertar» y despertamos. Y tú me mandas marchar, y me voy. Y no vuelvo hasta que tú no me llames otra vez. ¿Quieres?

TER. Sí: todo lo que tú quieras. Tu voz no ha cambiado, es la de siempre. A ver... mírame... Tampoco has cambiado mucho ¡Yo, sí!

MAUR. ¡No... eso sí que no! ¡Siempre Teresina!

TER. ¡Muy pálida! Cuando se pasa al lado de la muerte, la palidez se le agarra á una á la cara y allí se queda.

MAUR. ¡Qué desatino! Estás como siempre. ¡Cuanto deseaba verte!... Sabía que ibas á llamarme... y esperaba.

TER. Pues te llamé.

MAUR. ¡Y aquí estoy!

TER. Y aquí estamos.

MAUR. ¡Tengo que decirte muchas cosas!... ¡más que nunca!... ¡siempre he sido muy torpe!... ¡Me quedaba mirándote, y mirándote y sin decirte una palabra!... ¡Qué egoistas los ojos, que no le dejaban hablar al corázón!

TER. Yo en cambio, hablaba mucho. ¡Siempre fuí muy atolondrada! ¡Pero con los años voy haciéndome juiciosa!

MAUR. ¡Qué lástima! ¡Yo te quería como eras!

TER. (Cambiando el tono dulce por tono amargo.) Y no como soy, ¿verdad? ¡Tienes razón! ¡Mauricio, debemos despertar! (Desesperada.)

MAUR. (Sujetándola dulcemente. Teresina cae en sus brazos y queda como llorando dormida.) No quiero que despiertes ni ahora, ni nunca. ¿Tú sabes lo que he sufrido? Pues alguna recompensa merezco. No te he visto hace muchos años, ¡una eternidad!... ¡déjame, déjame que me sacie!

TER. ¡Pobre Mauricio! (Con languidez.)

MAUR. ¡Siempre pensando en Teresina!...

TER. Y cuando pensabas en mí, ¿qué sentías? ¿placer ó dolor?

MAUR. ¡Dolor!... pero á ese dolor no hubiera renunciado por todos los placeres de la tierra y del cielo. Para mí, Teresina lo es todo: placer y dolor. ¡La vida! porque la vida, de placeres y dolores se compone.

TER. Para mí sólo de dolores. (Con angustia.)

MAUR. ¡Qué ingrata! ¿Este momento no es de placer?

TER. ¡Sí lo es... lo es!... Placer como jamás sentí. (Cae desfallecida contra el pecho de Mauricio.)

MAUR. ¿Ves tú, ves tú como todavía no es hora de

despertar? (Pausa. Suena una campanada, la primera señal para el embarque.)

TER. (Desprendiéndose de los brazos de Mauricio y poniéndose en pie; su voz es desesperada y trágica.) Sí... ¡*es hora*!... ¡*es hora*!... ¿no has oído esa campana?

MAUR. Sí.

TER. Es el primer aviso: hay que prepararse para el viaje.

MAUR. ¿Qué viaje?

TER. Uno muy largo; por mar.

MAUR. ¿Y quiénes han de prepararse?

TER. Ellos y yo.

MAUR. ¿Y yo no?

TER. No.

MAUR. ¿Separarnos otra vez?

TER. Es preciso.

MAUR. ¿Entonces para qué me has llamado?

TER. Para que nos dijéramos todo eso que nos hemos dicho. Para tener en la vida un minuto al menos de dicha. Tú estabas sediento.. Yo también.

MAUR. (Con algo de extravío.) Escucha. A fuerza de sufrir y de pensar en cosas honradas, se desgastó mi conciencia. Ahora sólo pienso esto: ¿para qué han venido Teresina y Mauricio á este mundo? Para amarse. ¿Tú me amas todavía?

TER. Como siempre: más que nunca. ¿Y tú?

MAUR. Tú necesitas decirlo. Yo no.

TER. ¿De modo que no hay en tí para tu Teresina ni un átomo, ni una sombra de desprecio?

MAUR. ¡Ven á mis brazos y lo verás!

TER. Ahora me toca á mí decir como tú me decías en otro tiempo: «sí quiero, sí quiero; pero hay algo más que la pasión, algo más que el amor. ¡El deber! ¡la conciencia!» Soy buena discípula, Mauricio.

MAUR. ¡Qué vengativa, qué cruel!

TER. (Con apresuramiento, con angustia, con llanto, con todo lo que quiera la actriz.) No; no es ironía, no es venganza, mi pobre Mauricio. Yo quisiera hacerte feliz. Pero tú me has enseñado que no se debe mentir nunca, ni aun para ser

dichoso, y yo quiero... que tú sepas... toda la verdad. (Con desesperación horrible.)

MAUR. ¿Pero qué verdad es esa?

TER. (Se pasea agitadísima y luchando consigo misma. Mauricio la sigue con la vista. Al fin ella vuelve.) Tú me has perdonado, bueno; de eso no hablemos. ¿Pero no piensas que yo no soy la Teresina de antes? ¿Que no estoy sola en el mundo?

MAUR. ¡Tu hijo!

TER. Sí. ¿No has pensado en esa pobre criatura?

MAUR. (Algo sombrío al principio, luego con pasión.) ¿Para qué? He pensado mucho en otro tiempo; hoy no quiero pensar. De ese niño sólo sé una cosa: que es hijo tuyo. En ese niño has puesto tu alma. Sí, le querré; le querré... ¿más que á tí?... ¡bueno, pues más que á tí!... ¿te basta?

TER. (Le abraza llorando.) ¡Ya sabía yo que ibas á decir eso!

MAUR. Pues si era el único escrúpulo, no hablemos de él tampoco.

TER. No era el único. (Con inmensa tristeza.)

MAUR. (Desesperado.) ¿Queda otro?

TER. Sí.

MAUR. Dí cual. (Como antes.)

TER. ¡Es mi confesión!... ¡La verdad ante todo!... Calla y escucha.

MAUR. Ya te escucho.

TER. ¿Te acuerdas de aquella noche?

MAUR. Sí; pero ya pasó.

TER. No pasó; es eterna y negra y maldita. Al día siguiente te batiste á muerte con Roberto.

MAUR. Sí, á pistola; el azar me favoreció; su vida era mía. Le dije... y él debió creerme porque se puso muy pálido... «Si no acepta usted mis condiciones, le juro por la memoria de mi padre, que es usted hombre muerto.»

TER. Y las aceptó; era su sistema. Al día siguiente yo vine aquí con mi hijo y con el doctor Rocanegra. Él se fué al extranjero con una parte del botín.

MAUR. Después murió; no hablemos más de él.

TER. Es preciso. Al cabo de un año se presentó

aquí una noche. Había venido en el *yacht*.. entró en mi cuarto de repente. (En voz baja.)

MAUR. Sigue.

TER. Comprendí en su mirada fría y resuelta, que estaba perdida. Dí un grito... corrí al cuarto de mi hijo... no estaba, se lo habían llevado.

MAUR. ¡Miserable!

TER. (Con voz sorda.) Tú puedes insultarle; muerto ó vivo puedes insultarle; yo, no.

MAUR. ¿Por qué?

TER. ¿Tienes miedo de oirme?

MAUR. No sé. Me parece que sí (Alejándose de ella)

TER. Pues ten valor. (Pausa.) Roberto estaba más cortés, más cariñoso que nunca. No me engañó; me dijo lo que yo pensaba. ¡*Me separaba de mi hijo y me recluía en una casa de salud*! ¡Yo no resistí; no luché; ni una lágrima, ni una súplica! ¡No tuve más que *una idea*, solo *una idea*! pero esa, ¡cómo se me agarró! ¡Yo creo que Satanás le prestó sus garras para que se agarrase firme á mi cerebro! «¿Vamos al *yacht*, le dije, verdad?»—«Sí, al *yacht*.»—«¿Tienes una lancha en el muelle?»—«Sí, una lancha.»—«Bueno.»—Bajamos y entramos en la lancha. La noche era muy negra; no se veía más que á lo lejos la luz del barco. Los que íbamos en la lancha no nos veíamos los unos á los otros. El mar estaba muy revuelto; muchas olas, muy grandes... ¡subían!... ¡bajaban!... ¡salpicaban!... ¡la idea aquí!

MAUR. ¡Teresina!

TER. ¡De pronto me puse en pie!

MAUR. ¡Teresina!

TER. ¡El también!... ¡Es lo que yo esperaba!

MAUR. ¡No sigas!

TER. Eso... «¡no sigas!» tenía obligación de decirme el ángel de mi guarda; ¡no me lo dijo, ó yo no lo oí!... ¡Y con toda la fuerza que yo había recogido, que era inmensa, me eché sobre Roberto, le hice perder el equilibrio y le arrojé al mar!... ¡al mar!... ¡como te lo digo!... ¡al mar!... ¡al mar para que se ahogase; esa era mi idea!

MAUR. ¡Calla!

TER. Pero al vacilar se agarró á mí y los dos caímos.

MAUR. ¡No más!... ¡No más! (Quiere huir, y ella le sigue y le sujeta.)

TER. Has de oirme. Es necesario que sepas quién soy. (Con desesperación, etc.) Todo fué muy rápido. ¡Los dos en el mar, bajo el agua, en una negrura infinita, seguimos brutalmente, como fieras, la lucha que allá arriba en la vida, habíamos empezado. ¡*El*, quería nadar y yo le apretaba y le sujetaba como te sujeto á tí para que me oigas! ¡Quería respirar, pero no podía! ¡Mi rostro contra el suyo, contra la suya mi boca, y nos arrojábamos uno á otro, borbotones de agua amarga del mar! ¡Era toda la amargura que teníamos dentro!

MAUR. ¡No quiero oir eso!

TER. El, hizo un esfuerzo supremo y se separó de mí. Pero al separarse, con la proa de la lancha se dió un golpe violento en la cabeza y perdió el sentido. Yo, instintivamente me agarré á un remo. Me sacaron; él, allí quedó. Al otro día el mar arrojó su cadáver á la playa; no le quería tampoco. Habíamos luchado; yo había vencido: vida por vida; yo le ahogué la suya; ya lo sabes todo. ¿No dices nada?

MAUR. No puedo.

TER. ¿Ves cómo ya no podemos ser felices?

MAUR. No podemos.

TER. ¿Comprendes ahora, por qué, queriendo como quiero á mi hijo, me da miedo?

MAUR. Sí.

TER. ¿Te repugno mucho?

MAUR. No; repugnarme, no.

TER. Pero amarme, ¿tampoco?

MAUR. Amarte, sí. Criminal, aún más que inocente Muchas veces pensé matar á Roberto. ¡Qué crimen tendrás tú que no sea mío!

TER. Gracias, Mauricio. Pero ya no podremos acercarnos uno á otro.

MAUR. ¿Por qué?

TER. Roberto se pondría entre los dos.

MAUR. ¡Se pondría! (Teresina se levanta y toca un timbre; aparece un criado.)

TER. Que dén la segunda campanada. (Luego le habla en voz baja.) Dígale usted á Bety que... (No se oye lo que sigue. Después se acerca á Mauricio.) Mauricio, voy á pedirte el último favor.

MAUR. ¿Qué quieres?

TER. Mauricio, yo quiero mucho á mi hijo; quiero que sea muy bueno: como tú. ¡Como su padre, no! ¡Como su madre, tampoco!

MAUR. ¿Y qué?

TER. Hazlo por mí... yo volveré tarde, ó no volveré. He tomado todas mis disposiciones. Encárgate de mi hijo como si fuera tuyo. No es más que lo que me prometías antes... ¿querrás?

MAUR. Por tí todo. (Suena la segunda campanada.) ¿Qué es eso?

TER. Que nos vamos. Que se va Teresina.

MAUR. (Con acento desesperado y la última explosión de amor.) ¡No! ¡Dejarte, no! ¡Haberte perdido y perderte, no es posible! ¡Quiero tu amor! ¡Puro ó manchado! ¡Como sea!

TER. No eres el que eras.

MAUR. Soy lo que fuiste. ¡Qué dicha!

TER. Y yo lo que fuiste tú. ¡Qué consuelo!

MAUR. ¿Cedes?

TER. ¡No puedo! ¡Es el delirio!

MAUR. ¡Pues sea!

TER. ¡Es el crimen!

MAUR. ¡Pues sea!

TER. ¡No, vuelve en tí! ¡Sé el de siempre! Si piensas esas cosas, ya no puedo dejarte mi hijo, porque ya no eres Mauricio. No me niegues el último favor que te pido. Es el castigo que me impongo por mi crimen. Dios no me hubiera impuesto otro más cruel. Es el grito desesperado de mi conciencia que me dice: «Si tu hijo crece junto á tí, ¿qué será de esa pobre criatura?» ¡No, imposible! ¡Contigo; mi hijo contigo, que eres puro, que eres honrado, que me quisiste tanto!

MAUR. ¡Teresina!

TER. ¡El último beso!

MAUR. ¡Ay... que es el primero! (Se dan un beso y se separan.)

TER. ¡Adiós!

MAUR. ¡Adiós! (Se va lentamente y vacilante hacia la calle del centro. Mauricio se apoya en una de las columnas centrales del rompimiento y sigue con la vista á Teresina. En esta escena ha ido obscureciendo, y al final es de noche. El proscenio sombrío, el parque iluminado por la luna. Por un lado y otro van saliendo personajes y reuniéndose en la calle del centro, dirigiéndose juntos al embarcadero. Con sus trajes de mar, sus sombreros de diferentes clases, sus mantas, etc., etc., forman un grupo extraño y algo extravagante: es el río de la locura, al cual va á unirse Teresina, cumpliendo su destino. Van hablando, riendo, mezclando frases, todos á la vez; es un murmullo de palabras inconexas: cada personaje con su muletilla, por ejemplo: el Marqués, «¿Verdad?» Don Aciscio, «¡Extraordinario!» Julianito, «Yo dije en mi libro...» Don Ignacio, «¡Cómo voy á salir de aquí!» Carolina, «¿Dónde está Teresina?» Concha, «¿Dónde está Julianito?» etc., etc. Todo esto mezclado y confuso. La idea ya se comprende. Por un costado una Institutriz vestida de negro con un niño de unos cinco años.)

INS. Ese es el señor á quien tu madre te manda querer mucho. (El niño avanza hacia Mauricio.)

MAUR. ¡Ah!... ¿eres tú? ¿eres tú?... ¡Pues bien... por ella! (Le coge en brazos.)

TER. (Desde el extremo de la calle.) ¡Adiós, hijo mío!... ¡Adiós, Mauricio! (Dos gritos de ternura y de desesperación.)

MAUR. ¡Teresina, que no te llamo yo solo, te llama tu hijo, somos los dos! ¡No vuelve, no, hijo mío; ya no volverá nunca!—(Telón.)

FIN

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.
Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.
El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*
Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición) Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.

La desequilibrada, drama original en cuatro actos y en prosa.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

FEB 25 1915

MAR 11 1915

DEC 3 1917

MAR 9 1920

MAR 24 1920

APR. 7 1920

AUG 30 1920

APR 29 1939

INTER-LIBRARY
LOAN

AUG 18 1965

MAY 31 REC'D 91

10Oct'55CT

SEP 30 1955 LU

30m-6,'14

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003339723
YC 55759
Echegaray
144790